18

DRAMA EN TRES ACTOS
INTITULADO
EL BUEN HIJO,
Ó MARIA TERESA DE AUSTRIA:

POR DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

SEGUNDA EDICION.

PERSONAS.

Maria Teresa, Reyna de Ungria.	La Señora Maria del Rosario.
Pablo Wolf, labrador anciano, padre de	El Señor Vicente Garcia.
Manuel Wolf, Soldado del Regimiento de Strasburgo, marido de	El Señor Joseph Huerta.
Luisa	La Señora Josepha Luna.
Carlos Furnes, Cabo del Regimiento de Strasburgo, hombre de humor, y amigo de Manuel.	El Señor Antonio Robles.
Esteban Laufeld, hacendado, malévolo, voluptuoso y codicioso	El Señor Tomas Ramos.
El Conde de Neuperg, General	El Señor Francisco Ramos.
Alexá, vecina de Luisa	La Señora Manuela Monteis.
El Marques de Asfeld	El Señor Joseph Cortes.
El Duque de Roswik	El Señor Francisco Garcilaso.
Aldeana primera	La Señora Maria Concha.
Aldeana segunda	La Señora Antonia Orozco.
Un Ayudante	El Señor Vicente Camas.
Un Alferez decrépito	El Señor Juan Antolin.
Una Dama	La Señora Victoria Ferrer.
Un Sargento	El Señor Ignacio Hernandez.
Soldados &c.	

La escena es en una Aldea inmediata á Agra.

ACTO PRIMERO.

Casa pobre con entrada grande por el foro, y reja á un lado; en el segundo término habrá una silla antigua de brazos, y junto á ella un arcon con ropa que estará registrando Luisa.

Luisa. Nada hay. Todo es infeliz,
todo. Si aliviar pudiera
la desdicha de mi suegro
con la sangre de mis venas,
sin la menor repugnancia
me desprenderia de ella;

pe-

pero quiere mi destino
que alivio darle no pueda,
y que todos mis arbitrios
se queden solo en ideas:
en qué situacion tan triste
hoy nuestra casa se encuentra!
Mi esposo, con los guerreros
que la Alemania en defensa
de su Augusta Soberana
ha armado, se halla en Silesia
llorando nuestro infortunio
mucho mas que nuestra ausencia:
mi suegro, con las penurias
que los años acarrean,
gime al ver que le abandona
el vigor, y que sus fuerzas,
débiles para el trabajo,
no hacen producir la tierra;
yo me veo perseguida
de un rico que nos arrienda
una corta tierra, el qual
á costa de mi modestia
quiere cobrar el atraso
de tres años.... Mas quién llega!
Mi suegro es. Señor? Señor?

Se dexa ver Pablo Wolf llorando, y sin poder andar.

Qué es esto, padre, que apenas
teneis para sosteneros
la precisa resistencia?
Descansad en mí, venid,

Le lleva á la silla.

sentaos: vuestra tristeza
y vuestro decaimiento
me dan evidentes señas
de que todos se han mostrado
sordos á vuestras querellas.

Pabl. Sí, hija mia, la piedad
ha abandonado la tierra,
cansada de ver que el hombre
no se cuida de exercerla:
es preciso ir á gemir
de la carcel las miserias:
el término que me han dado
para que pague la deuda
de veinte y quatro florines
espira así que amanezca.
Buen Dios, ya que me cargais
de trabajos y de penas,
dadme para tolerarlas,
al menos, mas fortaleza.
No puedo mas: bien conozco
que son mis culpas inmensas,
y que en parte satisfago
con ellas de esta manera.
Pero, Señor, si me faltan
para tolerar las fuerzas,
qué debo hacer?

Luisa. Consolaos,
y oponed á las miserias
que os afligen la constancia
que en vuestro corazon reyna.

Pabl. Si mi hijo estuviese en casa
esto no me sucediera:
él nos mantenia; pero
le llevaron á la guerra,
y fue preciso acudir
de nuestra Reyna en defensa
contra la turba ambiciosa
de Potencias estrangeras
que pretenden la Alemania
invadir; si bien supieran
las ambiciones los daños
que al infeliz acarrean,
contentas con lo que tienen
era fuerza que estuvieran!

Luisa. Pero de vuestra desgracia
no ha habido uno que se duela?

Pabl. Sí; el Cura me dió un florin,
y otro el Bailio, y con esta
cantidad la vil codicia
no se ha de saciar de Esteban.
Ha quedado alguna ropa
en casa que vender puedas?

Luisa. Ya lo he mirado; mas toda
es, como nuestra miseria,
deplorable.

Pabl. Luisa mia,
si tú a hablar á ese hombre fueras,
puede ser que con tus ruegos
ablandaras su dureza.

Luisa. Mandadme que yo por vos
presente el pecho á la flecha;
mandadme que yo me exponga
á las mas voraces fieras;
y en fin, que pierda la vida,

que

que lo haré sin resistencia;
pero á hablar á ese inhumano
no habrá cosa que me venza.
Pabl. Mira, Luisa, que es preciso
deponer vanas ideas:
los ultrages que le has hecho
apuraron su paciencia,
y por ellos á tu padre
ves en la suma indigencia.
Luisa. Siento que culpeis, oh padre!
que con pundonor proceda:
creed que ese hombre merece
que mi pecho le aborrezca,
y si dexara de hacerlo
vos mismo lo reprehendierais.
Pabl. Qué dices! El vil, acaso
quiere insultar tu modestia?
Qué pérfido! á Dios Luisa,
Se levanta con furor
mantén tu virtud ilesa,
que si á costa de tu honor
la libertad se me niega,
voy á morir en la carcel
porque guardes tu pureza.
Luisa. Esperad.
Pabl. Todo es en vano:
quiero que el iniquo sepa
que si juzga que el rigor
ha de proteger su idea,
de su rigor mi constancia
el vil esfuerzo desprecia.
Luisa. Ved, padre...
Pabl. Déxame, Luisa.
Luisa. Que el cielo...
Pabl. No me detengas.
Luisa. Puede dar algun consuelo
todavia á nuestras penas.
Pabl. Hace dias que no escucha
de este infeliz las querellas:
y así...
Sale Alexa apresurada por la puerta del foro.
Alexa. Pablo Wolf, oid,
que os traigo una buena nueva.
Pabl. Buena nueva, ah! para mí
no puede haberlas, Alexa.
Al. Pues yo os traigo una. Vuestro hijo
os envia estas monedas
con mi marido, que acaba
de llegar de la Silesia
de conducir los cañones
y balas que envió la Reyna.
Pabl. Ay hijo mio! ay Manuel!
á quanto tu virtud llega!
Por socorrer á su padre
y á su amada compañera,
del triste pré de Soldado
estos socorros grangea.
Qué exceso de amor filial!
Oh quién pagarle pudiera!
Luisa. Y qué te dixo mi esposo
para entrambos?
Alexa. Que en Silesia
corrian voces de que el cuerpo
de Strasburgo iba á Viena,
ó á Praga, con otros varios,
para cortar las ideas
del Francés y del Prusiano
que sus asedios proyectan.
Pabl. Oh, si por aquí pasase!
mas de nada me sirviera:
es un infeliz Soldado,
y quanto ahorra lo emplea
en socorrer á su padre
y esposa.
Alexa. Si yo tuviera
medios con que remediar
vuestra desgracia funesta,
no tendriais precision
de apelar á su pobreza,
que yo bastaria; pero
sabeis bien que de la Aldea
somos de los infelices
que del sudor se alimentan
de su trabajo; con todo,
porque mi bondad se vea,
para contribuir en parte
al pago de vuestra deuda,
medio florin he pedido
á cuenta de la tarea
del hilado; el qual consigno
para aliviar vuestra pena.
Luisa. Ay Alexa, entre mis brazos
recibe la recompensa.
Pabl. Si los ricos emplearan
lo sobrante á sus riquezas

en socorrer la virtud,
tan ultrajada no fuera,
y no lograría el vicio
tanta parte de sus rentas!
Toma, Alexa, que de nada
me puede servir tu oferta,
pues la villana codicia
de Esteban no se contenta
si en la sangre de los pobres
vorazmente no se ceba.

Alex. No hay un corazon mas vil,
ni mas pérfido en la Aldea:
sé su codicia, su infamia,
y aunque tiene tanta hacienda,
por un sueldo sé que es hombre
que hará la mayor baxeza.

Luisa. Aún no sabes á qué extremo
sus malignidades llegan.

Pabl. Calla, que á lo lejos oigo
que ruido de caxas suena.

Luisa. Con efecto.

Pabl. Si Manuel
vendrá por ventura en esta
tropa?

Luisa. Padre, es imposible,
porque el marido de Alexa
ahora acaba de llegar,
y se le dexó en Silesia.

Alex. Eso no es causa bastante,
porque ha dado una gran vuelta
para venir, con motivo
de haber pasado á Bohemia
á llevar heno y forrage
para los caballos.

Pabl. Ya entran
por las calles.

Luisa. A vér vamos
si nos dan algunas nuevas.

Van atravesando las Tropas por el foro con sus Oficiales. A su tiempo pasa Manuel.

Pabl. Del uniforme que tiene
su Regimiento te acuerdas?

Luisa. Discurro que es encarnado.

Pabl. Al pasar tengamos cuenta.
Oyes, el color que dices
este Regimiento lleva.

Luisa. Con efecto.

Pabl. Mas la suerte
no permite que le vea:
pero es aquel?

Luisa. Aquel es.

Pabl. Yo voy hablarle; aqui espera.

Pabl. y Luisa. Manuel? Manuel?

Queriendo introducirse en las filas.

Man. Vista amable!

Ofic. Buen anciano, aldeana bella,
deteneos, y si acaso
el Soldado os interesa,
luego le podeis hablar,
que aquí á hacer noche se queda.

Pabl. Se queda á hacer noche, lo oyes?
Yo voy siguiendo sus huellas:
yo le traeré. Buen Dios
alentad mi fortaleza. *Vas.*

Luisa. Yo le sigo.

Alex. Déxalo,
porque no formen siniestra
idea los que te miren
entre la tropa revuelta.

Luisa. Ah! que el amor conyugal
otro sobrescrito lleva
que el libertino: este quiere
encubrir su desvergüenza
con el disimulo, y esto
del otro lo diferencia;
porque el otro revestido
de candidez se presenta,
y en la misma candidez
su honestidad manifiesta;
con que nada temo.

Alex. Pero
siempre es mejor que le veas
en tu casa.

Luisa. El mismo amor
esperarle no me dexa.

Alex. Sin embargo es necesario
sujetarle con las riendas
de la razon: en lugar
de desfogar tu terneza
con tu esposo, no es mejor
que practiques diligencias
para evitar el dolor
que mañana es fuerza tenga
al ver su padre en la carcel
aprisionado por deudas?

Luisa. Qué debo hacer?
Alex. Ir á dar
á Esteban unas monedas
á cuenta, y de tu buen padre
suplicarle que se duela.
Luisa. Y quieres que yo me exponga?
Alex. Bien conozco su dureza.
Luisa. Pero no su vil perfidia.
Alex. En suplicarle, qué arriesgas?
Luisa. Mas de lo que tú discurres.
Alex. Esas son vanas quimeras.
Quieres que yo te acompañe?
Ven conmigo.... Por la acera
de enfrente juzgo que pasa:
yo le llamo.
Luisa. No hagas tal,
déxale.
Alex. Venid, Esteban,
que Luisa os llama.
Sale Alexa á llamar á Esteban Lanfeld, quien entrará.
Luisa. Qué has hecho?
Alex. Suplicarle, nada temas.
Esteb. Vamos, y qué quiere Luisa?
Habla. Qué no me contestas?
Quita ese lienzo del rostro.
A qué viene esa vergüenza?
Luisa. Señor....yo...si...
Esteb. Qué te turba?
Luisa. Me turban vuestras ideas.
Para hacer un sacrificio
á la virtud tendreis fuerzas?
Est. Qué mas quieres? no he esperado
que tres años se vencieran?
Luisa. Es asi. Pero tened
piedad de nuestra miseria.
Esteb. Yo la tendré; pero dime,
quál será la recompensa?
tus desprecios?
Alex. Pues qué te ama?
Luisa. Y con ideas siniestras.
Alex. Hombre pérfido, villano,
con que sois de la caterva
que se valen del soborno
para insultar la modestia,
y quando no lo consiguen
en venganza la atropellan?
Idos de aquí, y contemplad
que haré que el Lugar lo sepa,
para que grandes y chicos
al veros os escarnezcan.
Esteb. Los delitos de los ricos,
aunque mas enormes sean,
para los ojos del mundo
merecen siempre indulgencia.
Alex. Pero dexando esto aparte;
para qué quereis, Esteban,
hacer á estos infelices
víctimas de la miseria?
Esteb. Pido algo que no sea mio?
Luisa. Sin embargo vos debierais...
Alex. Mirad que es muy viejo Pablo.
Esteb. Que dexe de ser soberbia
su hija: jamas la he hablado
sin que la espalda me vuelva.
Luisa. Me hablarais como es debido,
y entonces yo os respondiera.
Esteb. Sabeis lo que es? que yo gasto
comunmente chanzonetas,
y discurre que...
Salen por el foro el Cabo Carlos Furnés con unos Soldados.
Carl. Patrona,
tome usted esta voleta
para mí, y diez camaradas,
que aunque la casa es pequeña,
si nos reciben con paz
nos sobra la mitad de ella;
porque yo soy un Soldado,
que aunque me quieran de guerra
las patronas, he jurado
con las tales paz perpetua:
y asi quando entro en su casa
me encaro al punto con ellas,
y la que ponerme suele
la cara mas indigesta
es aquella que mas llora
quando mi marcha se acerca;
sobre que á todas las templo
lo mismo que una vihuela.
Séria está usted? mejor; chicos,
dexemos las escopetas
y las mochilas. Patrona,
supongo habrá camas buenas?
No las hay? Me alegro mucho,
ya nos conoce la tierra.

Sois

Sois el patron?
Esteb. No por cierto.
Carl. Lo he celebrado de veras,
porque usted tiene una cara
que no anuncia cosa buena.
Esteb. A Dios.
Luisa. Me dexais así?
Ni esperanza mala ó buena
me dais?
Esteb. Y me das tú alguna?
Luisa. Ah Señor!
Esteb. Quieres que vuelva?
Luisa. Volved, sí; pero mirad
de ablandar vuestra dureza.
Esteb. Lo que yo quiero es cobrar
y verificar mi idea,
que al amor no doy tributos
si ha de pagarlo mi hacienda. *Vas.*
Alex. Ves como de otro semblante
contigo se manifiesta?
Luis. Sin embargo... Mas mi padre,
ni Manuel no dan la vuelta:
por qué tardarán?
Carl. Señora
usted está macilenta,
qué tiene usted?
Alex. A un Soldado
que ha llegado ver desea.
Carl. Es su novia?
Alex. Es su muger.
Carl. Que sea muy en hora buena.
Y en qué Regimiento está?
Alex. En Strasburgo.
Carl. Quisiera
saber quien es.
Alex. Manuel Wolf.
Carl. Mi amigo? ah! si bien supierais
los medios que él ha adoptado
para aliviar vuestra pena?
Es muy virtuoso; lo que
tengo de mala cabeza
yo, tiene él de juicioso;
todo el cuerpo le respeta:
han querido hacerle Cabo,
Sargento, y quanto quisiera
sería; pero él ha dicho
que en acabando la guerra
quiere volver á su casa,
y emplear todas sus fuerzas
en mantener su familia:
es mozo de todas prendas.
Pero usted está sintiendo
que aquí á alojarse no venga,
pues yo se le traeré aquí.
Chicos tomemos la vuelta,
y dexemos en su casa
á Manuel, para que tenga
con su muger y su padre
noche de carnestolendas. *Vanse.*
Luisa. Ojalá que con Manuel
vaya á trocar la voleta.
Alex. A ese fin corre en su busca.
Pero siento que no pueda
acompañarte otro rato,
porque la noche está cerca,
y mi marido querrá
que le dé pronto la cena,
y mañana muy temprano
daré por aquí una vuelta;
y creed que por vosotros
haré todo quanto pueda. *Vase.*
Luisa. Todavia la virtud
no desamparó la tierra;
aun vive entre los humanos,
y en los húmildes encuentra
amoroso acogimiento:
oh! digánlo las finezas
que le debo á la amistad
y tierno afecto de Alexa.
Pero mi esposo no viene,
y el corazon no sosiega.
Voy á ver desde la calle...
Si no me engañan las señas
allí los veo abrazados
siendo objeto de terneza
de quantos ven del amor
paternal tan dulce escena:
pero ya vienen. Esposo,
corre, ven, no te detengas.
Salen Pablo y Manuel.
Pabl. Vaya, abraza á tu muger,
que es digna de que la quieras:
es virtuosa, es aplicada,
y la quiero, aunque es mi nuera,
tanto como á tí.
Luisa. No sabes

como hemos tenido nuevas
hoy de tí por el marido
de nuestra vecina Alexa ?
Man. Habeis, padre, recibido
aquellas pocas monedas
que os envié para socorro
de vuestra mucha pobreza ?
Pabl. Sí, hijo mio, y tu bondad
hasta lo sumo te eleva.
Luisa. Vendras á dormir á casa ?
Man. No : de ninguna manera.
Luisa. Por qué ?
Man. Porque como el cuerpo
de tropas que viene llega
á ocho mil hombres, no caben
en las casas de la Aldea ;
y los demas en la plaza
y en otras partes diversas
nos han colocado.
Luisa. Es que uno
quiere trocar la voleta
contigo.
Man. Cómo se llama ?
Luisa. Solo sé que dixo que era
tu amigo, y para ese efecto
te iba á buscar por la Aldea.
Man. Será el Cabo Carlos Furnés.
Luisa. No puedo darte mas señas
sino de que es muy jovial,
y gasta mil chanzonetas.
Man. Carlos es. Una vez que él
trocar quiere la voleta,
del placer disfrutaremos
que tan dulce union presenta.
Pabl. Del placer ? Para tu padre
tarde ese consuelo llega,
murieron mis alegrias:
Antes que la aurora venga
verás á tu triste padre
en una prision funesta.
Man. Cómo ! Qué decis ? Prision!
Pabl. Sí, Manuel mio, por deudas:
por veinte y quatro florines
me manda prender Esteban.
Man. Y qué no hay ningun remedio?
Pabl. Todos apurados quedan.
Traes contigo algo ?
Man. Nada.
Pabl. Pues tan solo en mi pobreza
he juntado tres florines;
y estoy en la inteligencia
de que Esteban no querrá
sino la suma completa.
Man. Santo Dios ! Quando pensaba
descansar de las tareas
y fatigas de la marcha,
despues de tan larga ausencia,
este riguroso lance
la fortuna me reserva!
Ay padre ! Cómo podria
excusaros esta afrenta ?
Quereis que por ocho años
vuelva á engancharme ?
Luisa. Eso fuera
con un pasagero alivio
prolongar nuestra miseria;
pues quando de tí esperamos
que lograda la licencia,
de nuestra pobre familia
el único apoyo seas,
del lado de esposa y padre
para siempre te destierras?
Man. Tienes razon. Si el Sargento
á cuenta del pré me diera...
Qué necedad ! Á un Soldado
qué puede dársele á cuenta?
Pabl. Con que no tienes arbitrios?
Man. Ninguno, padre.
Pabl. Paciencia.
Man. Pero debe consentir
un buen hijo que se vea
su padre en tanta amargura?
Aparece Esteban en la puerta del foro.
Esteb. A solas hablar quisiera
á Luisa... Pero en la estancia
suena gente, y á las señas
que la escasa luz permite,
me parece que se encuentra
un Soldado con su padre.
Oiré desde la reja
lo que tratan.
Man. Ya hallé medio.
Luisa, por una luz entra. *Vas. Luis.*
Pabl. Qué discurres ?
Man. Esperad,

pa-

padre que cierre la puerta.

Esteb. padre dixo! Ya me importa *ap.*
escuchar con mas cautela,
porque si soy descubierto
tal vez mi vida se arriesga.

Man. Pues señor, tendreis valor?

Pabl. Para qué¿ qué es lo que intentas?

Man. De mi compañia misma
esta noche se deserta
un Soldado: la hora, el sitio,
todo lo sé. Irse piensa
á las tropas enemigas.
Si delatarle quisierais...
Si fuerais á hablar al Xefe...
Verificada la prueba
del proyectado delito,
os dieran por recompensa
los veinte y quatro florines
que debeis.

Pabl. Nunca creyera
que sentimientos tan baxos,
que tan infames ideas
en tí cupiesen. Acaso
importa mas que padezca
yo en una prision obscura
que no que la vida pierda
ese infeliz?

Man. No la pierde;
porque nuestra Augusta Reyna,
movida de su piedad,
ha moderado la pena;
y en vez de la capital
ha ordenado que padezcan
lo que el arbitrio dispone
de su Consejo de guerra.

Pabl. Si eso es cierto, por qué causa
el reo no manifiestas?

Man. Porque sobre mí no caiga
la nota; pues aunque aprueba
el cuerpo la delacion,
el delator siempre queda
entre nosotros mal visto,
y nadie con él alterna
en el político trato.

Pabl. Con que lo que tú no hicieras
pretendes que yo execute?

Man. No penetrais mis ideas.
Padre, fiad en mí, hacedlo,
hacedlo, que os interesa.

Pabl. Pero quieres...

Man. No gastemos
el tiempo en vanas quimeras;
el tiempo corre, la noche
el negro manto despliega,
y mi obligacion me llama.
Despues de las diez deserta
el Soldado, y el camino
de Agra es el rumbo que lleva;
su Capitan es Winson,
para vuestra inteligencia.
Le delatareis? hablad.

Pablo despues de suspirar dice.

Pabl. Quánto puede la miseria!

Man. Decis que sí; pues á Dios.
El Cielo me favorezca. *Vas.*

Esteb. Voy á anticiparme á Pablo,
y logro de esta manera
interesarme en el premio,
y cortarle sus ideas. *Vas.*

Pabl. En vano seguirle intento,
que es tanta su ligereza,
que por no caer en falta
pide al ayre su asistencia.
Válgame Dios! Qué latidos
me dá el corazon! Qué ideas
tan funestas el discurso,
ay triste! me representa!
Un remor, un pasmo, un susto,
de mi pecho se apodera,
que parece que á acabarse
va mi caduca existencia.
El consejo de Manuel
algun gran misterio encierra:
en su virud no cabian
producciones tan perversas.
Yo no sé qué debo hacer
en tan confusas ideas.
Si habrá creido que yo
delataré al que deserta?
Si lo cree, desconoce
de su padre la nobleza,
desconoce su bondad,
su probidad y clemencia;
pero él depues de la lista
vendrá á casa, si es que trueca
la voleta, y tendré tiempo

de

de tratar de esta materia
y de acordarle el honor
que en mi corazon se hospeda.

Sale Luisa.

Luisa. Venid, que ya hay luz adentro.
Pero y Manuel?

Pabl. La asistencia
á sus deberes le ha hecho
que me dexe á toda priesa.

Luisa. Y volverá?

Pabl. Yo discurro
que trocará la voleta,
y que en nuestra compañia
pasará la noche entera.

Luisa. Y habeis encontrado arbitrios
para salir de la deuda?

Pabl. En la Carcel á tu padre
verás antes que amanezca. *Vas.*

Luis. Buen Dios! disipad, borrad
de nuestra casa las negras
sombras con que el pesar cubre
del todo la faz serena
del placer; basta de males,
basta ya, Señor, de penas,
que para sufrir sus tiros
falta al alma resistencia.

Plaza grande del Pueblo con soportales al rededor naturales, debaxo de los quales tendrán las armas y las mochilas los Soldados. En medio estará la Casa de Ayuntamiento, y en ella la Carcel con Guardia, Banderas, Caxas, &c. En todo el distrito de la escena habrá repartidos Soldados. Carlos y Manuel hablarán. El Conde de Neuperg estará con el Ayudante, y despues atraviesan los Tambores tocando llamada, y todos se irán formando. El Teatro estará medio obscuro.

Man. Te cansas, Carlos, en vano,
yo no he de admitir tu oferta.

Carl. Soy tu amigo, y quiero hacerte
este obsequio; la voleta
hemos de trocar, de no,
á hablarme en tu vida vuelvas.

Man. Pero si me han destinado
en la Plaza... Mas ya suenan
las Caxas, ven á formarte,
que á pasar la lista empiezan.

Se forman.

Neup. Despues de pasar la lista (*al*
darán al cansancio treguas, (*Ayud.*
que hemos de salir del Pueblo
apenas el dia venga.

Ayud. Está muy bien. Pasen lista
antes que mas tarde sea.

Sale Esteban.

Esteb. Quál de aquestos será el Gefe?
sin duda el que se pasea:
sois el Gefe?

Neup. Qué quereis?

Esteb. Tengo que hablar á Vuecencia
á solas.

Neup. Venid á un lado.

Esteb. Bien se logran mis ideas. *se*
Sarg. Carlos. (*retiran.*

Carl. Furnes.

Sarg. Manuel.

Man. Wolf.

Sarg. Henrique.

Uno. Smit.

Sarg. Lucas.

Otro. Berta.

Neup. Me engañais?

Esteb. Lo que os refiero
lo remitiré á la prueba.

Neup. Y quién es su Capitan?

Esteb. Winson.

Neup. A qué hora deserta?

Esteb. A las diez.

Neup. Y dónde va?

Esteb. Acia Agra.

Neup. Como cierta
salga vuestra delacion
venid por la recompensa
de veinte y quatro florines,
que es lo que pasa la Reyna.

Esteb. Está bien.

Neup. Que hombre tan vil!

Esteb. Parece que desaprueba
la accion; pero no me importa
como salga con mi idea. *Vase.*

Neup. Que me vea por mi empleo
en precisiones como estas!

Ayud. No hay novedad. Nadie falta.

Hace el Ayudante la señal, tocan los redobles de la Oracion, y se quitan los sombreros.

Neup. Pues hasta la Aurora duerman.
Oid, que tengo que daros
ahora una orden secreta. *(Vanse á*
Carl. Ven conmigo. *un lado.*
Man. No lo esperes,
porque no tengo licencia
de separarme de aquí.
Carl. Yo haré que en ello consienta
el Capitan; y supuesto
que la ocasion se presenta
para que pases la noche
entre los tuyos, no quieras
quitarme el gusto de hacerte,
aunque corta, esta fineza.
Man. Te cansas en vano.
Ayud. Furnes?
Carl. Señor?
Ayud. Al punto prevenga
seis hombres, para ir á donde
hace falta su asistencia.
Man. Ya me dexó; Dios me asista,
pues mi corazon penetra.
Se retira con disimulo. Salen Maria Teresa con el Duque de Roswik, y el Marques de Asfeld.
Reyn. Ya parece que las Tropas
llegaron, Rowsik, y es fuerza
en la situacion que me hallo
de amor y benevolencia,
para conciliar su agrado,
darles pruebas manifiestas.
Rosw. Pero es posible, Señora,
que vengais de esa manera
registrando quanto cuerpo
militar para la guerra
se prepara, sin que un rato
le deis al cansancio treguas?
Reyn. Siempre de la buena dicha
fue madre la diligencia.
Roswik, Asfeld, no admireis
mis continuadas tareas;
esposa soy de un Soldado
mas que de un Rey, pues apenas
puedo merecer tal nombre,
quando no sé si me queda
de tan extensos dominios
la propiedad de una Aldea.
Asfeld. Pero vuestra comitiva?
Reyn. Primero que entre, quisiera
estar con Neuperg; á fin
de que aposentarme pueda
sin ruido, y el Archiduque
mi hijo, cuya edad tierna
es temible, se acomode
con alguna conveniencia,
aunque no pueda ser toda
la que mis ansias desean;
pues mi imprevista llegada
las circunstancias estrechan;
y asi, Rosiwk, á Neuperg
buscarás con diligencia
en secreto; de tal modo
que mi venida no entienda
hasta verme.
Rosw. Gran Señora,
respondo con mi obediencia. *Vas.*
Reyn. Todos duermen. Infelices!
Su lecho es la dura tierra.
Quánto importa que los Reyes
las penalidades vean
del Soldado, pues testigos
del afan que sobrellevan,
justamente se estimulan
á premiarlos con largueza,
si hay premio que á sus fatigas
sea justa recompensa.
Oh, quándo de la ambicion
la tirania soberbia
escuchará los clamores
de la humanidad, y atenta
á sus expresivas voces,
recogiendo las banderas
que el fiero Marte tremola,
abrirá á la paz las puertas,
para que en quietud gustosa
los hombres descanso tengan,
sin comprar con sus fatigas
su deleznable grandeza!
Salen Neuperg, y Rosvvik.
Rosw. Este es el sitio en el qual
la Dama está que os espera.
Neup. Señora, qué me mandais?
Reyn. Que reconozcas tu Reyna.

Neup.

Neup. Ola?
Reyn. Calla, no prosigas,
pues he venido encubierta
por no alterar su quietud
con ceremonias molestas,
que siempre á las almas grandes
cansan mas que lisonjean.
Neup. Pero vuestra Magestad
no me avisára siquiera
para prevenir...
Reyn. Neuperg,
nunca Maria Teresa
echa de menos regalos
con lo preciso contenta:
lo que importa es que á Joseph
mi hijo descanso prevengan,
para lo qual á tu casa
llévanos sin etiqueta.
Neup. A lo menos, una guardia
que...
Reyn. La mejor centinela
de la vida de los Reyes
y fianza de su diadema
es el amor del vasallo;
logre yo esta preeminencia,
como hasta aquí la he logrado,
y no quiero mas defensa.
Guia, y tú despues dispon
que mi comitiva venga. *Vans.*
Neup. No en valde toda Alemania
llama Madre á esta gran Reyna. *V.*
Selva. Sale Carlos Furnes con seis Soldados armados.
Carl. Este es el camino de Agra
segun nos dieron las señas.
Retirémonos á un lado
para ver si se comprueba
la noticia de que un hombre
se pasa esta noche mesma
al contrario. Pobre diablo!
si le cojo la hizo buena;
no le costará su exceso
nada mas que seis carreras
de baquetas, y estar presó
quatro meses. La proeza
merecia mas castigo,
pero Maria Teresa
nuestra Reyna ha conmutado
en esto la ley severa
que antes habia. El Soldado
que de esta Señora dexa
el servicio, á mi entender,
no merecia indulgencia;
yo le ahorcara, pero á nadie
se ve, y son las diez y media:
si es falso, al acusador
le haria echar á galeras.
Este ha sido un buen descanso
despues de andar ocho leguas.
Si Manuel Wolf habrá ido
á su casa? Ruido suena,
vamos á ver quien le causa:
silencio, y seguid mis huellas.
Sale por el lado opuesto Man. Wolf.
Man. Sin haber sido notado
logré salir de la Aldea;
pero hasta ahora no he visto
que nadie tras de mí venga.
Mi padre no fue á dar parte:
se retrató de la oferta.
Valgame Dios! Cómo es dable
que las pesadas cadenas
de una prision, en su edad,
sin morir, tolerar pueda?
Pero bultos veo; para
asegurar mis ideas.....
me quitaré la casaca.
Carl. Acia allí el vestido dexa;
cierta es la noticia. Amigos,
lleguemos con gran cautela.
Daos á prision.
Man. Ay padre!
Ya redimí tu funesta
desgracia; ya de un buen hijo
he cumplido con la deuda.
Carl. Decid quien sois.
Man. Eres Carlos?
Carl. Eres Manuel? Dura pena!
Dónde ibas?
Man. Déxame, amigo,
y atame.
Carl. Por qué desertas?
Man. Atame, y con tus preguntas
á importunarme no vuelvas.
Carl. Yo atarte, siendo tu amigo?
Ah! este pago en recompensa

me das? Esto reservabas
á mis desgracias adversas?
Amigos, si á compasion
os mueven mis tristes penas,
ocultemos de Manuel
á los Gefes la flaqueza.
Nadie lo sabe; diremos
que fue la noticia incierta.
Manuel á la Compañia
se volverá con cautela,
y á la piedad y al amor
tributemos esta ofrenda.
Hacedlo, queridos mios,
por estas lágrimas tiernas
que derramo; y si no bastan,
vuestros pechos se enternezcan
al considerar que expuestos
estais á tales flaquezas,
y que en tal caso estimarais
que por vosotros lo hicieran.

Man. Atadme y llevadme al punto
á la carcel de la Aldea,
y de Carlos no creais
las persuasiones molestas.

Carl. Qué dices?

Man. Con que tú quieres
que te exponga á que padezcas
por mí? Cumple como debes,
y esas quimeras desecha.

Carl. Pero yo entregarte?

Man. Tú.

Carl. Oh leyes de la obediencia!

Man. Si no me lleváran preso *ap.*
mi padre no redimiera:
vamos digo.

Carl. Manuel mio,
yo no me siento con fuerzas.

Man. Tú que alentarme debias,
desmayas mi fortaleza?
La Reyna te dió el empleo
para que con el cumplieras,
cumple con él como debes
si de hombre de bien te precias.
Vamos digo.

Carl. Amigo mio....

Man. Llévame, no te detengas.

Carl. Si hay mas males que sufrir,
unidos contra mí vengan.

Man. Si hay mas que hacer por un padre
yo lo haré sin resistencia.

ACTO SEGUNDO.

Salon corto. Aparece la Reyna con Roswik despachando, para lo qual habrá una mesa con papeles, escribania &c. y una luz.

Rosw. Si haceis tantos beneficios
hoy, Señora, á vuestros pueblos,
mañana os vereis privada
de hacerles otros de nuevo.

Reyn. En caso que yo me vea
privada de este consuelo,
os aseguro que al punto
haré renuncia del Reyno;
porque yo, si la diadema
de mis mayores deseo,
es por gozar de la dicha
de ser Madre del Imperio.
Vamos á ver las sentencias
de los infelices reos,
que para su aprobacion
me envian mis Consejeros.

Rosw. A Francisco de Strasburg
viene una muger pidiendo
cierta suma que le debe,
y consta del instrumento
de un recibo; mas se excusa
el deudor con el pretexto
de que en el recibo dice
que ha de pagar el dinero
quando tenga voluntad:
ha pasado mucho tiempo,
y nunca se verifica
el debido cumplimiento.

Reyn. La malicia del deudor
el recibo está diciendo;
y así escribe: que yo mando
que el tal Francisco esté preso
hasta tener voluntad
de cumplir el pagamento.

Rosw. Ingeniosa es la sentencia.

Reyn. Quién es pues ese otro reo?

Rosw. Uno que medio florin
ha robado en un incendio.

Reyn. Qué le imponen?
Rosw. Que en la carcel
esté quatro meses preso.
Reyn. Escribe ahí: que yo mando
que le ahorquen al momento,
pues un hombre que se vale
para saciar sus deseos
de la confusion que causan
semejantes contratiempos,
sin respetar las desgracias
de sus hermanos, que al fuego
pierden todas sus haciendas,
sus vidas y sus efectos,
no es digno de compasion;
pues quebranta con tal hecho
indignamente atrevido
divinos y humanos fueros.
Y esotra?
Rosw. Esta, Gran Señora,
es la causa de un Hebreo,
á quien por varias usuras
y monopolios que ha hecho
le han confiscado los bienes
y condenado á un encierro.
Reyn. Los bienes son para el fisco?
Row. Sí Señora.
Reyn. Aunque contemplo
que la ley que ha quebrantado
la satisface con esto,
dexa impunes los perjuicios
que ha causado á todo el pueblo.
Ros. Qué se ha de hacer con sus bienes?
Reyn. Ya lo sabreis con el tiempo.
Rosw. Rubricad las decisiones.
Reyn. Quiera Dios que sus decretos
sean conformes en todo
al deseo del acierto.
Id ahora á despachar
lo demas que tengo puesto
á vuestro cargo, y de paso
direis que entre en mi aposento
una Criada y Neuperg.
Rosw. Voy al punto á obedeceros. *V.*
Reyn. Ya que mi delicadeza
no me permite el acero
manejar, en los negocios
que no penden del esfuerzo,
quiero ayudar á mi esposo,
aliviándole algo el peso,
para lo qual escribir
á Jorge Segundo quiero.

Salen el Conde de Neuperg y una Dama al bastidor.

Dam. Desde las tres, como veis,
está la Reyna escribiendo.
Neup. En esta eficacia muestra
que ha nacido para el Cetro,
puesto que aquel que destina
Dios para este ministerio,
cumpliendo con él, se olvida
de sí mismo por su pueblo.
Dam. Esperad mientras aviso
á su Magestad.
Neup. Qué aspecto
tan amable! A un mismo tiempo
encanta y causa respeto!
Dam. Señora, el Conde Neuperg
espera.
Reyn. Que entre al momento.
Ha despertado mi hijo?
Dam. aun no.
Reyn. Pues ve disponiendo
la ropa para vestirle
al punto que esté despierto.
Dam. Llegad: qué bien sabe unir
cuidados de Madre y Reyno! *Vas.*
Neup. Qué me mandais, Gran Señora?
Reyn. Dexad que firme este pliego,
y os lo diré.
Neup. Qué muger
tan admirable! El desvelo

Se levanta la Reyna.

que vuestra Magestad muestra
en el afan del gobierno
es preciso que le cause
en la salud detrimento.
Reyn. En el mundo, Neuperg, todos
con nuestro oficio nacemos,
y para desempeñarle
con acertado manejo
debemos, si es menester,
olvidarnos del sosiego.
Neup. Sin embargo.
Reyn. En este mundo
no hay ningun mortal exênto

de

de fatigas. Dime uno
que en este valle funesto
de miserias viva libre
de cuidados; desde luego
que damos el primer paso
á la vida, el desconsuelo
que en el llanto demostramos
manifiesta que nacemos
al dolor, y que á ser vamos
del triste afan compañeros.

Neup. Ya lo sé; pero no obstante
es de extrañar, que teniendo
vuestra Magestad Ministros
dignos de tales empleos,
los Exércitos vos misma
recorrais con tal denuedo.

Reyn. A qualquiera que no sepa
el fatal, el duro extremo
á que me hallo reducida,
le parecerá un efecto
de mugeril ligereza
saber que ando discurriendo,
sin excusarme á fatigas,
por los Militares cuerpos,
único apoyo en quien todas
mis esperanzas he puesto.
España, Francia, Polonia,
en fin, casi quantos Cetros
Europa admira y venera;
se oponen á mis derechos.
Por todas partes escucho
los belicosos estruendos,
que la ruina pronostican
de mi desdichado Imperio;
y aunque ahora mismo escribia
para Inglaterra este pliego,
de su Rey Jorge Segundo
pocos alivios espero;
pues como él se halla de Hanober
el Estado poseyendo,
no querrá, por socorrerme,
dexarle á la furia expuesto
de todos mis enemigos:
por lo que no hallo mas medio
que acudir á la lealtad
de los animosos pechos
de los Ungaros valientes,
á quienes presentar quiero
el Archi-Duque mi hijo
para encender sus alientos.
A este fin solo dirijo,
Neuperg, mi marcha, y supuesto
que de Tropas Alemanas
reunidas aquí veo
partidas considerables,
para animar sus esfuerzos,
lo que he de hacer en Ungria
ensayar aquí pretendo.
Y así, Conde, quando el Alba
apagando del Lucero
los trémulos esplendores
vierta del cándido seno
líquidas perlas al campo
tendreis en orden dispuesto
todo el Esquadron. Veamos
si alguna vez contra el ceño
de la inconstante fortuna
la prudencia halla remedio.

Neup. Iré á obedecer, Señora,
el orden; pero os advierto
que las Tropas Alemanas
solo á impulsos de su zelo,
sin otro estímulo, harán
gustosas ofrecimiento
de su vida, porque vos
con pacífico sosiego
disfruteis quantos dominios
gozaron vuestros abuelos,
y se amparan á la sombra
del Aguila de dos cuellos.

Reyn. Asi lo tengo creido;
mas sin pérdida de tiempo
executad lo que mando,
que da al Soldado consuelo
ver al Soberano afable;
y este es el único medio
que tengo para pagarlos
los servicios que me han hecho.

Neup. Está bien. El Cielo os guarde. *V.*

Sale la Dama.

Dam. Ya su Alteza está despierto.

Reyn. Vamos á verle. Ay esposo!
Ay hijo! Dichoso empleo
será el de tantos cuidados
si os aseguro con ellos. *Vas.*

Car-

Carcel de la Aldea con centinela á lo lejos. Aparece en ella Manuel Wolf.

Man. En este sitio triste,
donde el horror habita,
y apenas le pentra
la luz hermosa del naciente dia:
Aquí donde el silencio
á lástima convida:
aquí donde es el centro
de la negra fatal melancolía;
Turbado el pensamiento
me llena de fatigas,
y el próxîmo castigo
de mi honrado delito me contrista.
Todos mis camaradas
me amaban á porfia,
y ya de su desprecio
voy á ser desde hoy materia digna.
Ya de mi dulce esposa
la regalada vista,
de mí esperada tanto,
para mis ojos míseros se eclipsa.
Quál será tu tormento?
ay prenda de mi vida!
quando sepas el duro
conflicto que me ofrece mi desdicha!
De lágrimas ardientes
cubierta y afligida,
conmoverás las almas (ditan.
sino es que de insensibles se acre-
Oh! quién pudiera entonces
con amantes caricias
disminuir tus penas,
ó á lo menos, bien mio, dividirlas!
Padre! querido padre,
mi amor le sacrifica
al tuyo estos trabajos, (man;
y los que por instantes se aproxî-
Pero qué es lo que digo?
sufra, padezca y gima,
que en quien socorre á un padre
mas que penas son glorias las fatigas.

Sale el Ayudante y Carlos Furnes.

Ayud. Es este el desertor que
truxisteis anoche preso?
Carl. El mismo es.
Ayud. De esa manera
á exâminarle pasemos.
Acercaos.
Man. Quién me llama?
Ayud. Quien con su deber cumpliendo
viene á exâminaros.
Carl. Quánto
su desgracia compadezco!
Man. Mi boca de la verdad
siempre ha sido el instrumento.
Ayud. Pues todo quanto dixere,
vos, Carlos, idlo escribiendo.

Se sientan.

Carl. Desventurada amistad
que produxo tal tormento!
Ayud. Cómo os llamais?
Man. Manuel Wolf.
Ayud. De dónde sois?
Man. De este pueblo.
Ayud. Quién es vuestro Capitan?
Man. Jorge Winson.
Ayud. Os leyeron
las Ordenanzas, y el pan
y paga corriente os dieron?
Man. Si señor.
Ayud. Qué edad teneis?
Man. Veinte y quatro años completos.
Ayud. Sabeis la causa ó motivo
de vuestra prision?
Man. Contemplo
que será por desertor.
Ayud. Y al que comete este exceso
sabeis que las Ordenanzas
le imponen el rigor fiero
de las baquetas, y á estar
despues quatro meses preso?
Responded.
Carl. Duro contraste!
el dolor todo el esfuerzo
me quita para escribir.
Ayud. Y decid, Manuel, es cierto
que anoche á las diez y media
desamparasteis el Cuerpo,
y en el camino real
que á Agra dirige os cogieron?
Man. Sí señor.
Ayud. Y qué motivo
tuvisteis para este exceso?
Responded: bañado en llanto

fixais los ojos al Cielo?
Suspirais? Del Coronel,
Capitan, ó Subalternos
estais quejoso? Decid.
No entiendo vuestro silencio.
Os han hecho algun agravio?
Man. De ninguno queja tengo,
antes he debido á todos
mas favor que yo merezco.
Ayud. Pues por qué habeis desertado?
Qué disculpa dais á esto?
Man. Ninguna.
Ayud. Y qué fin teniais
para emprender tal proyecto?
Ibais á pedir partido
al Prusiano?
Man. No por cierto,
y antes faltará la luz
que abandonarme al extremo
infame de ser traidor
á la Patria.
Ayud. Pues qué intento
conducia vuestros pasos?
Man. Uno tal, que si yo mesmo
pudiera de mí ocultarlo
dexaria de saberlo.
Ayud. Luego tuvisteis motivo?
Man. Solo sé que estoy dispuesto
á tolerar el castigo
que por mi falta merezco.
No sé mas.
Ayud. Con que empeñado
estais en guardar silencio?
Man. En la situacion que me hallo
no puedo menos de hacerlo.
Ayud. Firmad la declaracion.
Man. No tengo reparo en ello.
La firma, y la guarda el Ayudante.
Ayud. Oid, Furnes: entretanto
que de este recato entero
al Gefe, ved si la causa
averiguais del suceso,
porque no puedo creer
que hiciese tal desacierto
sin causa muy poderosa
un Soldado que en el tiempo
que ha que sirve de honradez
ha dado tantos exemplos. *Vas.*
Carl. Está muy bien. Ya se fue.
Manuel mio... Qué profiero?
Como está con este nombre
tan acostumbrado el pecho,
á mi pesar trasladó
al labio tan dulce acento.
Manuel, ya no eres mi amigo,
mi enemigo sí, pues veo
que si de un trato amistoso
conocieras los efectos,
no me harias padecer
tan amargos sentimientos.
Man. Por Dios, Carlos, que no aumentes
mi dolor con tus recuerdos;
ya que yo soy infeliz,
que tú lo seas no quiero:
era justo que por mí
perdieses honor y empleo?
Carl. Nadie lo hubiera sabido.
Man. Dexa discursos tan necios,
que es dificil de guardar
entre muchos un secreto.
Carl. Pero ya que me has causado
el quebranto que padezco,
de tu desercion aguardo
me digas los fundamentos:
qué motivo te dió causa
á tan despechado intento?
Me abrazas, y con tu llanto
riegas mi rostro? En tu pecho
algun misterioso arcano
sin duda se halla encubierto:
sí, no hay duda, tú has tenido
gravísimos presupuestos
para hacer tal atentado:
sé que un delito tan feo
no era dable que cupiese
en tu corazon honesto;
en el qual vive el amor
de la patria todo entero;
vive el honor militar,
y vive el ardiente zelo
que para con nuestra Reyna
los Alemanes tenemos.
En nombre de la amistad
los motivos saber quiero,
para ver si de algun modo
puedo ofrecerte consuelo.

Man. Carlos; quando la desdicha
reune todo su ceño
para maltratar á un triste,
le cierra todo el consuelo.
Amigo, es tal mi desgracia,
que en la situacion me veo
de parecer falso amigo;
pues para mayor tormento
estoy en la precision
de ocultar de tí el secreto
que me preguntas, y vive
asegurado que el pecho
una de las graves penas
que padece es el secreto
que me veo precisado
á guardar contigo.

Carl. Pero
no me podras algun dia
dar parte de tus misterios?

Man. Sí, Carlos.

Carl. Quándo será?

Man. Así que el pueblo dexemos.
En esto conocerás
si es digna de tus dicterios
mi amistad: pero hasta entonces
revelártelo no puedo;
todo lo sabrás con tal
de que ocultes mi funesto
estado á mi tierna esposa,
y á un padre á quien tanto aprecio.
Diles, en caso de hallarlos,
que he salido de este pueblo
á una precisa faccion:
esto llorando te ruego.
Negarás á mi dolor
este pequeño consuelo?

Carl. Aunque no eres acreedor
á mis finezas, harélo. *Toque.*
Pero ya tocan, á Dios,
que en la marcha nos veremos.

Man. Á Dios. Podré estar seguro
de que guardarás secreto
con mi padre, y á mi esposa
no le dirás nada de esto?

Carl. Fia en mí.

Man. Pues si lo callas
no hallaré agradecimiento
con que pagarte.

Carl. Manuel,
notorio te es hace tiempo
que mi palabra equivale
al mas firme juramento.
Oh, quién de tantas enigmas
penetrase los misterios! *Vas.*

Man. Segunda vez de las caxas
escucho el bélico estruendo,
Oh, qué alegria derrama
en mi corazon sus ecos!
pues aunque sufra el castigo,
y con la nota de reo
comparezca ante las Tropas,
será sin el sentimiento
de que mi esposa y mi padre
el espectáculo horrendo
presencien; y aunque á ver salgan
de Lugar mi Regimiento,
con disimulo en el rostro
veré de aplicar el lienzo
para no ser conocido.
Padre mio, en vuestro obsequio
no sé que pueda un amante
filial reconocimiento
hacer mas. Dios es testigo,
que penetra los intentos
mas ocultos de los hombres,
que he cumplido como debo,
y para sufrir los males
que me preparan le ruego
que conforte mi flaqueza
con celestiales esfuerzos,
y disponga que mi padre
quede en todo satisfecho,
y que mi esposa el castigo
llegue á ignorar que yo espero,
hasta que la paz estienda
sus benévolos efectos,
y á dar vuelva á mi familia
en su miseria consuelo. *Vas.*

Plaza con Tropas que se iran formando. Aparece Neuperg con un papel en la mano, y junto á él el Ayudante.

Neup. Estraña declaracion;
mas dexo para otro tiempo
esta materia. Ahora id,
y mandad que el Regimiento

de Strasburg y los demas
se dispongan al momento
para salir.

Ayud. Y el vagage?

Neup. Que se esté en el lugar quieto
hasta nueva orden.

Ayud. Cómo?

Neup. Id á obedecer, y luego
vereis de esta novedad
los poderosos efectos.

Ayud. Y han de seguir su camino?

Neup. No señor; solo pretendo
que en la llanura inmediata
de la entrada de este pueblo
se forme toda la tropa
que viene, á excepcion del cuerpo
de prevencion, que constante
ha de conservar su puesto,
y para que de esta guardia
el cuidado sea menos,
en la carcel de la Aldea
depositareis al reo.

Ayud. Voy á serviros.

Neup. Cuidado
que se formen con arreglo.

Siguen tocando y formándose las Tropas. Neuperg y el Ayudante harán que dan órdenes, y á su tiempo despues de formados marcharán: y saldrá Pablo Wolf y Luisa.

Pabl. Vamos, hija mia, vamos
á ver si acaso podemos
ver á Manuel. Qué será
que ni el Cabo ni él han vuelto
á casa? De su descuido
no sé, ay Dios! que arguye el pecho.
Pero la Tropa parece
que se pone en movimiento.

Luisa. Ay padre, que ya se van,
y á mi esposo no veremos!
Dónde estará? Qué accidente
tan repentino y tan nuevo
le ausentará de mi vista?

Pabl. Ay hijos! malos ó buenos,
siempre costais mil zozobras;
si malos, por no perderos,
si buenos, por no dexaros.

Luisa. Si no me engaña el deseo
el Soldado de ayer tarde
viene allí... Por Dios os ruego

Sale Carlos con fusil.

que me digais de Manuel,
ya que sois su compañero.

Carl. Porque no sospechen nada *ap.*
buen humor aparentemos.
Quién, Manuel? á la hora de esta
ya estará seis leguas lejos
del Lugar.

Pabl. Ay hijo mio!

Luisa. Ay esposo!

Carl. Y qué por eso
se afligen? Los que servimos
al Rey estamos expuestos
á esto y mucho mas. Patrona,
enjugad esos luceros,
y alegraos, que Manuel
volverá á daros consuelo
pronto.

Luisa. Pues qué volverá?

Carl. Si señora, con el tiempo:
pues no habia de volver?

Pabl. Ya hallará á su padre muerto.

Carl. Y por qué se ha de morir,
no ve que eso es muy mal hecho?
Los hombres han de vivir
mientras vivieren.... no puedo
detenerme mas, que acaba
de formar mi Regimiento.
Quánto me cuesta el fingir! *ap.*

Pabl. Pero decidme á lo menos....

Carl. A vuestro hijo á una faccion
ayer noche le envió el Cuerpo.

Vase á formar.

Se forman, y en seguida van desfilando las Tropas en marcha; y las caxas sonarán, de modo que no interrumpan la representacion.

Pabl. Volvámonos, hija, á casa.

Luisa. Ay padre! yo no me vuelvo,
porque el corazon me dice
que mi esposo está en el Pueblo,
y yo misma por mis ojos
desengañarme pretendo.

Pabl. O que inútil esperanza!

Luisa. Impelida del afecto
voy detras de los Soldados

con involuntario anhelo
Pabl. Dónde vas? Vámonos digo.
Luisa. Dadme el alivio á lo menos
de desengañarme.
Pabl. Ay, hija,
que es inútil tu desvelo.

Miran como que se van los Soldados, y por el lado opuesto sale Esteban Laufeld.

Esteb. Ya está de marcha la tropa;
mas yo ya pillé el dinero
de mi delacion, y así
que se vayan... pero el viejo,
padre de Manuel es este,
los cordeles apretemos,
que despues del grande chasco
que le he pegado no tengo
que apetecer cosa alguna
sino que pague al momento,
ó la posesion de Luisa
sea fianza de su aprieto.
Luisa. No está... *Con desconsuelo.*
Pabl. Vámonos á casa.
Luisa. Mirando el rostro albagüeño
de la suerte, á la alegria
abrí mi cándido seno;
mas ya murió mi esperanza.
Ay mi Manuel! tan severo
es nuestro comun destino
que ni aun conseguir podemos
de los últimos abrazos
el alivio pasagero!
Ván á irse, y los detiene Esteban.
Esteb. Esperad, Pablo, y oid.
Pabl. Unos de otros van naciendo
los males: hay mas fatigas?
Esteb. Sabeis que ha espirado el tiempo
del plazo?
Pabl. No me aflijais,
harto lo sé, y harto siento
no cumplir como quisiera.
Esteb. Pues mas esperar no puedo.
Pabl. Mirad, Esteban, las canas
con que mi vejez sustento,
y pues me niega al trabajo
de la edad el duro peso,
compadeceos de mí:
de un triste anciano doleos;
tan pobre, tan miserable
y abandonado me veo,
que solo estos tres florines
es quanto conmigo tengo;
tomadlos, y contentaos
hasta que pueda ofreceros
lo restante de la deuda.
Esteb. Voy á ver si ahora aprovecho
la ocasion. Pablo, no soy
de tan inhumano genio
que sin motivo á los pobres
conmiseracion les niego,
y si advertís que con vos
tan duramente procedo,
no es eso natural mio,
solo es un resentimiento
de ver que Luisa me trata
quando la hablo con desprecio.
Luisa. Fuerais vos mas comedido,
y no os tratara con ceño.
Pabl. Luego vos?
Esteb. No os altereis,
que no hay motivo para ello.
Pabl. Quando mi hija así se explica,
grande será el fundamento.
Esteb. Dexemos reconvenciones,
y venga todo el dinero.
Pabl. Eso sí, dobla la oja,
disfrázame tus intentos,
y sin parar en delitos,
de uno á otro trascendiendo,
ya que de tu vil luxuria
ves rechazado el empeño,
ultraja la humanidad,
quebranta sus santos fueros,
piérdele el respeto a un pobre
que el sepulcro está pidiendo;
que en defensa de mi honor
á tus astucias opuesto,
ni temo tus amenazas
ni tus crueldades temo:
Pero tiembla, infame, tiembla:
desde el celestial asiento
mira Dios tu iniquidad,
y ya levanta el sangriento
cuchillo de su venganza;
de sus iras el objeto

en breve serás, impío;
y será de los proterbos
corazones tu castigo
el mas horroroso exemplo.

Esteb. Quánto puede la amenaza
de la razon! todo tiemblo;
pero dexaré perder
la deuda? á nada es opuesto
el cobrar, que es de justicia.

Pabl. Si vuestros remordimientos
os hacen cruda batalla,
escuchadlos.

Esteb. No por cierto;
lo que os digo es que pagueis,
ó si no ya nos veremos. *Vase.*

Pabl. Valedme, Cielos, valedme.

Lui. Sí os valdrán, que siempre el Cielo
de la virtud aflgida
tomó á su cargo el remedio.

Pabl. Ves esto, pues de Manuel
la ausencia es lo que mas siento.

Llano espacioso con rio, puente magnífico de fábrica en el foro diagonalmente puesto, por donde baxa el exército en columna para formarse: á la derecha molino con rueda que anda, y á la izquierda casa pobre, el foro figurará una arboleda frondosa, al acabar de baxar las Tropas, el Conde de Neuperg y Ayudante con las señales correspondientes las forman en tres filas, de modo que se pueda transitar por ellas.

Neup. No estrañeis, Soldados mios,
hacer alto en este puesto,
pues á hacerlo me estimulan
irresistibles preceptos.
Una gran dicha os aguarda,
un favor tan raro y nuevo,
que merece en vuestras almas
inmortales monumentos.
Nuestra Augusta Soberana,
nuestra Reyna, en cuyo pecho
una á una las virtudes
todas se están compitiendo,
viene á veros. Vedla allí.

Se vé la Reyna con Roswik, Asfeld, la Dama con el Archiduque en brazos.

el aparato soberbio
del puente huellan sus plantas,
ya llega, haced que en su obsequio
la salude la armonía
de bélicos instrumentos,
que alternados al compas
de los horrorosos ecos
de las armas, juntamente
con diferentes extremos,
al mismo tiempo que halaguen
asusten los elementos.

Al tiempo que pasa por el puente la Reyna, Roswik, Asfeld y Damas suena marcha de instrumentos de guerra, y hacen una descarga. La Dama traerá en brazos al Archi-Duque de mantillas. La Reyna pasa por todas las filas de los Soldados, y despues dice:

Reyn. Heroicos Alemanes valerosos,
á cuya fama, á cuyo altivo esfuerzo
es un breve recinto quanto abarca
del uno al otro Polo el universo.
Hijos, oh qué dulzura se derrama,
qué dulce conmocion experimento
dentro del alma mia al explicaros
un dictado tan propio de mi afecto!
Hijos, una y mil veces lo repito,
porque si con razon en ello pienso,
si padre de su estado es un Monarca,
los Soldados son hijos verdaderos.
No de tantos laureles adquiridos
de Marte en los conflictos mas sangrientos

pre-

pretendo renovaros las memorias,
para inflamar vuestros bizarros pechos:
solo la lealtad que finamente
mostrasteis, la Corona sosteniendo,
sola esta lealtad es la que exîjo,
y en la que toda mi esperanza he puesto.
Contra mí toda Europa se conjura,
y de sus Tropas, el alarde haciendo
la sin razon, tremola sus Banderas,
y yo de su rigor soy el objeto.
Mi desdichado esposo está en Silesia
los cuerpos de Soldados reuniendo,
que anima la justicia de la causa,
llenándolos de espíritu guerrero;
sin perdonar trabajos, ni fatigas,
entrambos el cuidado repartiendo,
la defensa comun solicitando
contra el brio y poder del Estrangero.
Yo sola, generosos Alemanes,
yo sola soy en quien el vasto Imperio
que el Orbe todo dominó algun dia
recaen los legítimos derechos;
en mis venas discurre solamente
la Augusta sangre de los Reyes vuestros;
en mí sola, y en esta prenda mia
que alegre á vustros ojos hoy presento.
Este es Joseph, de vuestro Soberano
desventurado trágico renuevo:
él por mi boca vuestro auxîlio pide,
de vosotros espera su remedio;
dadsele, pues, y conservadle el Trono
que fue ilustre blason de sus abuelos.
Todo el mundo nos dexa y abandona,
y nos persiguen nuestros mismos deudos;
que la ambicion, como insaciable monstruo,
de la sangre desprecia los respetos:
no permitais que triunfen los tiranos,
profanando los sacros privilegios,
que en fuerza de los derechos naturales
quiso Dios Soberano concedernos.
Una muger, una infelice Reyna,
un Príncipe inocente padeciendo
en una edad tan tierna y desvalida,
Alemanes, os piden su remedio.
Pero ya en el semblante reconozco
quanto os incitan mis quejosos ecos:
la cólera se pinta en vuestros rostros,
el furor enardece vuestros pechos,

y el ánimo exâltado os arrebata
á buscar al contrario con denuedo,
á rendirle, á humillarle... Ya á mis plantas
por vosotros parece que los veo:
la razon nos asiste, el Orbe todo,
y aun la envidia lo está reconociendo:
nada os asuste, nada os acobarde,
produzca Marte exércitos enteros,
la tierra aborte militares huestes,
abra sus ondas grutas el averno,
de su negro volcán caliginoso
furias arroje, que cubriendo el Cielo
de entupecidas y funestas sombras,
los rayos turben del ardor Febeo;
que para nuestro esfuerzo todo es poco,
y venzamos, pues, porque en sonantes ecos
del valor, del espíritu brioso,
del teson invencible, del aliento
de mis hijos los fuertes Alemanes
la Fama cante los gloriosos hechos,
que llegando á los climas mas remotos
los admiren los siglos venideros.

Todos. Vivan Teresa y Joseph,
heroicos Príncipes nuestros.

A estas voces todos los principales desenvainan las espadas, y Neuperg sale al medio.

Neup. Sí vivirán, mientras puedan
nuestros vitales alientos
hacer generosa muestra
de fidelidad y zelo;
y en nombre de todos quantos
gozamos el privilegio
de mirar vuestra bondad
juro, prometo y ofrezco
que, aunque de vuetros contrarios
vaya el número excediendo
á las menudas arenas
que arroja el mar de su seno,
á los átomos que el Sol
calienta con rayos bellos,
no habrá Soldado Aleman
que matizando del suelo
la verde florida alfombra
con la sangre de su cuerpo,
no dé el último suspiro
por conservaros el Cetro.

Todos. Lo mismo juramos todos.

Reyn. Sea este llanto que vierto,
hijos mios, dulce prueba
de mi reconocimiento;
y ya que mi situacion
á mi benéfico pecho
no permite que se explique
conforme quiere el deseo,
los efectos confiscados
por usuras al Hebreo
hareis vender al instante,
Roswik, y su justo precio
le dareis á los Soldados,
á quienes tanto amor debo.

Rosw. Con vuestra benevolencia
prendareis al mundo entero.

Reyn. Hijos mios, ya que todos
correspondeis al afecto
de vuestra Reyna, es preciso
que por mí misma haga veros
que sabe recompensar
vuestro fino rendimiento;
y así si hubiere en vosotros
algun Gefe, subalterno,
ó Soldado que tuviese

que pedirme, puede hacerlo,
que como Madre de todos
á todos daré consuelo.
Carl. Lo ois?
Neup. Aquel que tuviere
que pedir, salga al momento
tres pasos al frente.
Sale Carlos y su Compañia.
Reyn. Vaya,
qué quereis? hablad sin miedo.
Neup. Winson, vuestra Compañia
se halla quejosa, qué es esto?
Reyn. Hijos, hablad, no temais,
que aquí estoy para atenderos.
Carl. En nombre de los demas
de la Compañia tengo
que pediros una gracia;
una gracia que contemplo
que es justicia... Perdonad
si ha blaros así me atrevo,
que la amistad y el amor
arrebatan mis afectos.
Señora, ayer desertó
un amigo, á quien yo mesmo
prendí, que en el buen Soldado
es la obediencia primero
que todo. Este desertor
por quien reverente os ruego,
es un camarada honrado,
en su vida ha estado preso,
es puntual en el servicio,
hombre de bien en estremo;
hasta ahora ni una vez
ha faltado al cumplimiento
de su deber, su conato
lo tiene en sus Reyes puesto;
pero todos somos hombres,
y estamos todos expuestos
á una flaqueza: ademas
que en su desercion contemplo,
segun su declaracion,
hay encerrado misterio;
y para prueba de que
es verdad lo que refiero,
un Soldado que socorre
del triste pré á un pobre viejo
que tiene por padre, y una
esposa á quien ama tierno,
que ayer noche tuvo el gusto
de abrazarlos y de verlos;
era dable desertase
sin tener gran fundamento?
Señora, puesto que Madre
sois del Soldado, este es tiempo
que lo demostreis, y veais
de indagar estos secretos:
por Dios que le liberteis
del castigo duro y fiero
á que ha incurrido, y que libre
mandeis ponerle al momento.
Ved que á fé de hombre de bien
en lo que digo no miento:
sino, que hable el Capitan,
el Coronel, el Sargento
y los demas. Manuel Wolf
es hombre de bien y recto,
y si acaso no os dignais
de atender mis tristes ruegos,
mandad que á mí se me dé
por él el castigo impuesto,
porque logre la amistad
que le tengo este consuelo,
y de vuestra compasion
quede memoria en los tiempos.
Reyn. Es esto verdad?
Neup. Señora,
en nada miente, y el reo
es digno de vuestro indulto,
y aunque es muy grande su yerro
soy de parecer que vos...
Reyn. En dónde está su proceso?
Neup. Vedle quí; pero mirad...
Reyn. Los que el oficio tenemos
de juzgar, aunque sepamos
que es perdonable el exceso
del acusado, la causa
de su delito debemos
exâminar, porque á veces
en la vista del proceso
se forma juicio seguro
del caracter de los reos:
fuera de que por mí misma
quiero exâminar los hechos.
y ojalá Dios que á mi vista
se presentén descubiertos,
que el es mayor bien de un Rey
quàn-

quando asi consigue verlos,
Carl. Una vez que en vuestras manos
queda ya, el pesar desecho.
Reyn. Retiraos.
Carl. Para bien
de Alemania os guarde el Cielo.
Neup. Supuesto que ya quedaron
cumplidos vuestros deseos,
si gustais, regresará
toda la columna al Pueblo.
Reyn. Id con Dios, á vuestra Reyna
de nuevo á encargaros vuelvo.
Todos. En su defensa la vida
decimos que perderemos.

Vase con la marcha la Tropa, y en medio la Reyna. Mudase el Teatro en el subterraneo de la Carcel rústica con vista de unos corredores. Aparece Manuel Wolf.

Man. Qué prision! qué languidez!
qué mortal abatimiento
mi espíritu debilita!
De mí mismo me enageno,
y mil fantasmas abulta
mi turbado pensamiento....
El corazon á latidos
se quiere salir del pecho....
Yo no sé qué pronostíca
su extraño desasosiego.
Me parece que á mi padre
estoy mirando cubierto
de confusion. Oh qué horror!
Ya le prenden, ya su cuello
pesada cadena oprime.
Ya sus lastimosos ecos,
percibo... Ya atribulado,
en llanto y dolor envuelto.
desfallece. Cielos santos!
esto miro, esto contemplo
sin correr en su socorro?
Ya voy... Espera un momento,
dulce padre de mi vida....
Espera... Pero qué es esto?

Entran por el foro á Pablo Wolf.

Pabl. Ay infeliz!
Man. Padre mio!
Pabl. Tú aquí, hijo mio?
Man. Vos preso?

Se dexa caer en el asiento.

Pabl. Sí, la deuda que tú sabes
me reduce á tal extremo.
Man. Luego inútiles han sido
mis bien pensados intentos.
Luego vos no delatasteis
al desertor?
Pabl. Pues pudieran
hallar abrigo en mi idea
tan cobardes sentimientos?
Man. Triste de mí! pues quién pudo
delatarme?
Pabl. Qué oigo, Cielos!
Con que eres tú el desertor?
Man. Sí señor, yo lo confieso;
resolucion fue amorosa,
para ver si socorreros
podia.
Pabl. Desventurado!
un mal entendido efecto
filial á los dos nos pierde!
Man. Hay mas ansias? hay tormentos
mas duros que padecer?
aun no se cansó tu ceño
de perseguirme, fortuna?
Pabl. No precipitado y necio
de la fortuna te quejes;
quéjate, sí, de tí mesmo,
pues pecando de sensible
para con tu padre, has hecho
que á nuestras almas penetre
un linage de tormento,
que mi corazon herido
le desconoce por nuevo.
Man. Quién pensara, ay padre mio!
que de un amoroso exceso
los acasos produxeran
tan fatales desaciertos!
Pero decidme, si vos
no sois el que al Regimiento
me ha delatado, quién pudo
revelar este secreto?
se lo dixisteis á alguno?
Pabl. Mucho mas de lo que siento,
llegan, Manuel, á ofenderme
las dudas de mi silencio.
Man. En tan intrincado abismo
qué confusiones revuelvo!

Pabl. Con que serás castigado?
Man. Por puntos la pena espero.
Pabl. O qué grande, Cielo justo,
será del virtuoso el premio,
quando permites que tanto
padezcan en lo terreno!
Man. Pues si él sabe mi virtud,
desconsolarme no debo:
sobre las cosas mas leves,
el átomo mas pequeño,
el mas menudo resorte
que se halla en el universo
le mueve la Providencia;
alabo, pues, sus decretos,
y en sus manos me resigno:
unid á estos sentimientos
los vuestros, querido padre,
y así felices seremos,
por mas que contra nosotros
arme la desgracia el ceño.
Mi mayor pena es saber
que Luisa, amado embeleso!
apenas sepa que estais
en la prision vendrá á veros,
y encontrándome con vos
se afligirá mucho, y temo
alguna mala resulta.
Pabl. No es infundado el recelo,
ay hija del alma mia!
Man. Callad, padre, porque creo
que alguno llega á este sitio.
Sale el Ayudante. Wolf?
Man. Señor.
Pabl. Qué será, Cielos!
Ayud. Venid conmigo.
Pabl. Qué escucho?
ay Manuel mio! ya pienso
que la hora de tu castigo
ha llegado, yo me anego
en un golfo de pesares.
Man. No con sentidos extremos
aumenteis mi desventura,
porque al miraros tan lleno
de dolor mi alma fallece,
y tal vez el pensamiento
nos engaña, y mi llamada
puede ser algun efecto
de ceremonias de estilo
que en tales asuntos vemos.
Ayud. No os detengais.
Man. Decis bien:
perdonad si no obedezco
tan pronto como quisiera,
que puede mucho el afecto
de un hijo que ve á su padre
á tantas penas sujeto.
Dadme los brazos, que acaso
estos serán los postreros
vínculos del amor mio. *Se abrazan.*
Pabl. Llega, hijo mio, á mi pecho:
ojalá que en él pudiera
esconderte en tanto riesgo!
Ayud. Triste y respetable escena!
apenas contener puedo
las lágrimas.
Man. Padre, ahora
que me perdoneis os ruego
de quanto hubiere faltado
á los filiales respetos,
y dadme la bendicion.
Pabl. El Cielo, hijo mio, el Cielo
te de la suya, así como
la mia te doy.
Man. Yo os beso
humildemente la mano,
y á Dios. Padre, sed consuelo
de Luisa, dulcificad
los rigorosos tormentos
que padezca... Señor, vamos.
De pronto se va.
Ayud. O quánto los compadezco!
Pabl. No, no es verdad que se muere
de dolor, pues no fallezco
al tropel de mis angustias.
Dios adorable y eterno,
pues nos mirais, oidnos,
y á tanto mal dad remedio.

ACTO TERCERO.

Se vuelve á descubrir la mutacion de empezar el primer Acto. Sale Luisa triste.

Luisa. Mi suegro preso en la carcel...
privada del dueño mio...
perseguida del mortal

mas malvado que ha nacido!
Quál será mi suerte? ay Dios!
para qué tantos martirios
me preparais? Si me disteis
de hija y esposa el destino,
con las dos obligaciones
exâctamente he cumplido.
Yo en fin... Para qué me canso
en discurrir los motivos
de mi desgracia, quando esta
tal vez asesta sus tiros
contra aquellos que de suerte
mas venturosa eran dignos.
Si yo tuviese un influxo
que me franqueara arbitrios
para pedir á la Reyna,
en mi mal me diera alivio;
pero son tantos los pobres
á quien su pecho benigno
socorre, que no es posible
que lo que yo necesito
me franquee. Mas quién viene?

Sale Carlos

si no me engaño el amigo
de Manuel. Señor Soldado,
desde que nos hemos visto
de otra nueva pena en casa
padecemos los conflictos.

Carl. Pues qué hay? Si la prision
de Manuel habrán sabido?
Luisa. Mi padre...
Carl. Que se consuele,
que yo no dexaré chito
que tocar.
Luisa. Pues qué sabeis?
Carl. Por eso no hay que afligiros
mientras viva yo.
Luisa. En la carcel....
Carl. Si ya no corre peligro.
Luisa. En sus años....
Carl. En sus años?
él vendrá á tener los mios.
Luisa. Los vuestros, y tienen ochenta?
Carl. Cómo ochenta?
Luisa. Ay padre mio!
Carl. Pues qué tiene vuestro padre?
Luisa. En la carcel le han metido
por una deuda.
Carl. Muy grande?
Luisa. Para su infausto destino
demasiado, veinte y quatro
florines debe á un iniquo.
Carl. Aunque no me han dicho nada
yo apuesto que es algun rico:
no es eso? Que no se sacien
estos hombres que han nacido
con riquezas de dinero!
si del modo que le miro
le miraran, qué cuidados
se ahorrarian infinitos!
Luisa. Tanto oro como reciben
fausto y luxo en sacrificio
de manos del poderoso,
y para el pobre afligido
no ha de haber de sus riquezas
el mas leve desperdicio!
Carl. Si lo toman al reves
todo. Quánto mas lucidos
irian en sus carrozas,
si en vez del ornato y brillo,
de los coches y las franjas
llevasen por distintivo,
por mano de la piedad,
en sus frentes esculpido,
el indeleble caracter
de humanos y compasivos!
Luisa. Qué quereis, si vive el pobre
ignorado en el olvido.
Carl. En verdad que pocos hombres
conocen el atractivo
que en todo pecho sensible
ocasiona un beneficio.
Yo, aunque pobre, os aseguro
que si pudiera á un amigo
en una urgencia servir
estaria medio siglo
preso á pan y agua como
consiguiera darle alivio.
Luisa. Tan honrados sentimientos
de una alma noble son dignos.
Carl. Yo sé muy bien que los hombres
para los hombres nacimos;
pero todos comunmente
alteran estos principios,
y así hay tantos infelices:
yo quisiera haber nacido

poderoso para daros
en vuestros males auxîlio.
Pero ya que mas no puedo,
este florin que conmigo
traigo tomad, recibidle,
y perdonad si no os sirvo
con mas; aquí no hay dolores,
el pan pan, y el vino vino.
Yo tengo poco dinero,
pero á agastarlo me pinto
solo; si no, quien lo gasta
mejor, esos señoritos
que de sus grandes haciendas
hacen loco desperdicio
con gente... (ya usted me entiende)
ó yo que os he socorrido
con la pobreza que tengo:
sí por cierto, pues bonito
soy para ello, mientras viva
cuente usted con mi bolsillo.

Luisa. Qué contrariedad de efectos
experimento al oiros,
pues lo piadoso conmueve
y divierte lo festivo.
Mas no dexareis completa
la piedad si no consigo
que me digais de Manuel
donde está: á dónde ha ido?

Carl. No paseis por él cuidado,
que aunque yo de nada sirvo,
sobre que en sus intereses
está por medio metido
todo un hombre. Carlos Furnes;
no es nada, lo dicho dicho.
Ved si otra cosa se ofrece
en que yo pueda serviros. *Vas.*

Luisa. Qué generosa franqueza!
qué pecho tan noble y fino!
Gracias á Dios que una vez
con admiracion he visto
un hombre tierno y sincero,
sin rebozo, ni artificio.
Pero mucho me detengo,
y ya exige mi cariño
que vaya á ver á mi suegro,
por si acaso encuentro arbitrio
para aliviar sus fatigas.
Valedme, Cielos divinos!
pues de la virtud sabeis
que mis efectos son hijos...
mas que veo? Esteban entra,
Sale Esteban.
y así cerrar determino
antes la puerta.

Esteb. Detente.

Luisa. Qué mal mis iras reprimo!
Qué quereis? quién os ha dado
para entrar aquí permiso?

Esteb. Sin embargo de que en tí
siempre hallé el rigor esquivo,
y de que habeis abusado
de mi corazon benigno,
porque en ningun tiempo tengas
para quejarte motivo,
vengo á remediarte en todo.
Desde este instante remito
toda la deuda á tu suegro,
y en fin tuyo, mas que mio,
será quanto valgo y tengo,
si al ardor que dentro animo
corresponde tu hermosura,
dexando el desden....

Luisa. Indigno,
apartate de mis ojos.

Esteb. Déxate de esos delirios,
y toma. *La da un bolsillo.*

Luisa. Qué he de tomar?

Esteb. Qué has de tomar? mi bolsillo.

Luisa. Venga, pues.

Esteb. Albricias, alma!

Luisa. Aunque en tan grande conflicto
de él pudiera aprovecharme,
tal uso hacer no imagino,
porque no vendo mi honor,
que es mas que el sol claro y limpio;
mas supuesto que conozco
tu corazon poseido
de torpeza y de codicia,
si á la primera resisto,
á la otra de este modo
le doy el justo castigo.
Arroja el bosillo.

Est. Qué has hecho? voy al momento
á recoger mi bolsilio.
Sale afuera de la puertà.

Luisa. Pues tal ocasion se ofrece

de esta manera me libro.
Cierra la puerta.
Esteb. Qué cerraste? Nada importa,
porque en venganza me obligo
á ser de tu anciano padre
el mas sangriento cuchillo.
Luisa. Cumpla con mi obligacion,
que el Cielo me dará alivio,
y á su cargo tomará
el castigo de tus vicios. *Llaman.*
Infeliz esposa! en vano
llamais, porque no he de abriros.
Alex. Por qué razon? Abre, Luisa.
Luisa. Ahora que he conocido
tu voz, entra, amiga Alexa.
Alex. Quanto ha pasado he oido;
y así sin perder instante
es fuerza vengas conmigo.
Luisa. Dónde, pues?
Alex. Eso preguntas?
á implorar el patrocinio
de la Reyna.
Luis. Cómo puedo
encontrar en ella asilo,
si para poderla hablar
carezco de todo arbitrio.
Alex. Tan franca es y tan amable
que á nadie cierra el oido.
Luis. De veras?
Alex. De esta verdad
es todo el Pueblo testigo,
puesto que ha escuchado á tantos
quantos hablarla han querido;
y así no nos detengamos.
Luis. Alexa, yo desconfio.
Alex. No desconfies, amiga,
la justicia va contigo. *Vanse.*
Sala de la casa de Neuperg. Aparece la Reyna leyendo.
Reyn. Mayores dudas me nacen
quanto mas atenta miro
la declaracion del reo.
En toda mi vida he visto
ni mayor sinceridad,
ni estudio mas exquisito
en no descubrir la causa
que le obligó á su delito.
Un hombre tan estimado,
un Soldado tan querido
de sus propios compañeros,
que con generoso estilo
á una voz su indulto piden,
un hombre que tan bien quisto
está con sus Superiores,
que le abonan ellos mismos
de exâcto, y aun de virtuoso,
desertar en tan preciso
tiempo como el de la guerra?
Sin duda aquí hay escondido
algun profundo misterio
que averiguar determino;
porque mal desempeñara
de la Corona que ciño
las justas obligaciones
si despreciando el motivo
que este hombre tenaz reserva
le abandonara al peligro:
Ola, Roswik?
Sale Roswik. Gran Señora?
Reyn. Conducid á aqueste sitio
al Soldado desertor,
y en tanto, si de mis hijos
ó vasallos, que en un Rey
lo mismo es vasallos que hijos,
pretendiere hablarme alguno,
que entre al momento.
Rosw. Ya os sirvo.
Saca Roswik á dos Aldeanas, y á un Aldeano, que traerá un bolsillo y un Niño.
Reyn. Qué quereis?
Ald. 1. Yo me casé
en secreto con un hijo
de este Lugar, de quien tuve
antes del año cumplido
este infante; en cuyo tiempo,
por motivos que ahora omito,
tuvo precision forzosa
de ausentarse, y como quiso
darnos á uno y á otro muestras
de su paternal cariño,
unas cédulas le puso
de lotería á su hijo
en las faxas, por si acaso
le protegia el destino;
y le llevó de este modo

á esta vecina que un niño
acababa de parir
muerto, y con este motivo
se hizo cargo de criarle
hasta el tiempo que es preciso:
le cayó la loteria,
y llevada del delirio
de la codicia ocultó
que habia muerto su hijo,
y en su nombre á bautizar
llevaron, ay Dios! al mio:
y habiendo muerto su padre,
y cesados los motivos
que ocultaban nuestro enlace,
puse á esta muger litigio
sobre el infante, y hasta ahora
decidirse no ha podido;
por lo qual el labrador,
en quien exîste ahora el niño
y el dinero aquí nos trae,
para que con recto juicio
vuestra prudencia sentencie
á quién pertenece el hijo.

Reyn. Y vos qué respuesta dais
á todo quanto esta ha dicho?

Ald. 2. Que es supuesto quanto afirma,
y que el niño es hijo mio;
y si no todo el Lugar
dirá si en el tiempo mismo
que corresponde su edad
estaba en cinta.

Ald. 1. Es muy fixo.

Ald. 2. Á que no hay nadie que diga
que ella lo estaba?

Ald. 1. El sigilo
de nuestro enlace á ocultarlo
precisaba á mi destino.

Ald. 2. Que os presente, Gran Señora,
de lo que dice testigos.

Reyn. Quién abona tus razones?

Ald. 1. Mis maternales cariños.

Reyn. No basta el llanto, que á veces
tambien hay llanto fingido.

Ald. 1. Ay, Señora!

Reyn. Está muy bien:
qué pretendeis?

Las dos. Á mi hijo.

Reyn. Ya á mi discurso los Cielos
una idea han sugerido
para salir del aprieto.
Para dar fin al litigio
que seguís será acertado
de este modo decidirlo.
Venid vos, una vez que
sois madre de aquese niño,
tomadle; y vos recibid
por la duda este bolsillo
de la lotería.

Ald. 2. Ved
que corresponde á mi hijo.

Ald. 1. Dadsele, que yo no busco
sino al bien por quien suspiro:
lleve tambien el dinero,
logre mi hijo de su auxîlio
ya que no tiene una madre
infelice mas alivio.

Reyn. Parece que mi sentencia
á vos no os ha complacido?

Ald. 1. No señora.

Reyn. Pues trocad:
dadle al momento ese niño,
y vos tomad el dinero.

Ald. 2. Pues gustais de ello, lo admito.

Reyn. Soltad el bolsillo luego,
impostora.

Ald. 1. Ay bien perdido!

Reyn. Tomadle vos; y guardaos
de semejantes delitos.

Ald. 2. Señora.....

Reyn. Naturaleza
el asunto ha decidido,
pues siempre con sus resortes
dá de la verdad indicios;
Id con Dios, y vos de madre
cumplid con el sacro oficio.

Ald. 1. Esta decision la edad
la grabará entre sus siglos. *Vanse.*

Reyn. Haced que entre otro, llegad,
Roswik conduce à un Alferez.
buen anciano, qué motivo
os trae á mis pies?

Alf. Señora,
una gracia que pediros.

Reyn. Alzad, quál es?

Alf. Gran Señora,
ya ha cinquenta años que sirvo

á

á la Casa de Austria.
Reyn. Y qué
no han premiado tus servicios?
Alf. No señora; las heridas,
las hambres que he padecido
han sido recompensadas
con una Bandera.
Reyn. Ha sido
poca recompensa; vaya,
una Tenencia os consigno.
Alf. Por amor de Dios, Señora,
vos me hareis perder el juicio,
si la gracia que yo vengo
á vuestros pies á pediros
es gozar de la gineta
que hasta este punto he servido.
Reyn. No os entiendo.
Alf. Yo, Señora,
me entiendo bien á mí mismo:
haciendo lo que me mandan
sé bien que dexo cumplido
quanto á mí me pertenece,
y tranquilamente vivo,
sin que escrúpulo ninguno
altere el corazon mio.
Si me obligan á mandar
siempre estaré discursivo,
lleno de remordimientos
entre si acierto, ó no sigo
el justo temperamento
que está anexo al cargo mio;
pues para vivir inquieto,
yo. Gran Señora, no estimo
puestos, que si lisonjean
exponen á mil peligros;
y así á vuestras plantas pongo
el despacho recibido.
Reyn. Yo lo acepto, mas será
para aumentar tu destino:
desde hoy eres Capitan,
porque tu opinion dá indicios
de la exâctitud que tienes
en las cosas del servicio,
y esa escrupulosidad
que manifiestas ha sido
la causa por qué te doy
empleo tan distinguido:
y así, sin que me repliques,
á ser Capitan te obligo.
Alf. Dios os bendiga, Señora.
Qué génio tan compasivo! *Vas.*
Salen el Ayudante, y Manuel Wof.
Ayud. Aquí el desertor está.
Man. Todo tiemblo.
Reyn. Cómo ha sido
el tardar tanto en traerle?
Ayud. Como hemos antes querido
exâminarle de nuevo,
y ratificar su dicho.
Reyn. Está bien. Llegaos acá.
Man. Aunque inocente me miro,
presentarme ante mi Reyna
con tan feo colorido,
de todos quantos padezco
es este el mayor martirio.
Reyn. Eres Aleman?
Man. Señora,
uno de los beneficios
que mas agradezco al Cielo
es haberle merecido
que en Alemania naciese
reynando vos.
Reyn. Has sabido
el peligro en que me hallo,
y los muchos enemigos
que destronarme pretenden?
Man. De todo estoy instruido.
Reyn. Pues cómo un hombre de bien,
viendo á su Reyna en conflicto
tan grande así la abandona?
No conoces los pejuicios
que en un exército puede
originar un delito
como el tuyo?
Man. Sí señora,
pero hay á veces motivos
tan poderosos que al hombre
suelen sacar de sí mismo.
Reyn. Mas quál fue el que te obligó
á tan raro precipicio?
No respondes? Solo el llanto
que alternas con los suspiros
das por respuesta?
Man. Señora...
Mi rubor... En vano animo
las voces... Pues mi vergüenza
me

me las corta en su principio.

Reyn. Te confundes? Nada temas,
desahogate conmigo;
y por si tu pundonor,
de que el semblante dá indicios,
te retrae de explicarte,
mira cómo facilito
la ocasion de que confieses.
Á lo interior de este sitio
retiraos. Ya ninguno
Se retiran al foro.
puede escucharnos ni oirnos.
Habla.

Man. Pues á vuestras plantas
el mas infelice hijo,
perseguido de la suerte,
implora vuestros auxilios.
Yo he cometido, Señora,
contra Vos un gran delito,
lo confieso, pero honrado;
y aunque merece castigo,
gustoso lo tolerara
á cumplirse mis designios.

Reyn. Qué dices? No te comprehendo:
explícate, cobra brio.

Man. Mi delito, gran Señora,
del amor filial es hijo;
por ser buen hijo me veo
en este duro conflicto.
Mi padre es un triste anciano,
de aqueste pueblo vecino;
quando llegué con las Tropas
le encontré al dolor rendido
de verse expuesto á ser preso,
por no poder á un iniquo
poderoso de una deuda
dexarle el plazo cumplido:
imaginé, discurrí,
proyecté quantos arbitrios
puede formar en su idea
el amor tierno de un hijo;
pero la adversa fortuna,
el riguroso destino
desvaneció, por mi mal,
mis amorosos designios.
Viendo angustiado á mi padre,
al amor filial rendido,
despreciando consecuencias,
y atropellando peligros,
le propuse, qué dolor!
que pasase á dar aviso
al Gefe de que un Soldado
del Cuerpo en que yo milito
la desercion intentaba;
y como en esto es estilo
dar el premio al delator
que el Cuerpo tiene prescrito,
deserté porque mi padre
lograse del beneficio
del premio, para eximirse
de la carcel; mas no quiso
delatarme, aunque palabra
dió de hacerlo, y el destino
ha querido que otro hiciese
por mi padre aquel oficio:
me delataron, y el fruto
otra mano ha percibido:
me prendieron, finalmente,
y al funesto obscuro sitio
de una prision me traxeron;
y aunque gemia al conflicto
que su pavor me causaba,
halagaba mi destino
el contemplar que mis males
daban á mi padre alivio,
quando para mi tormento
veo á mi padre afligido,
que entra preso por la deuda
en mi calabozo mismo.
Aquí fue donde el dolor
me perturbó los sentidos,
donde... Perdonad, Señora,
si mi flaqueza repito,
que no os deben ofender
las lágrimas de un buen hijo;
mayormente quando veo
que de nada me ha servido
mi proyecto; que mi padre
arrastra pesados grillos,
que yo de vil desertor
tengo el torpe sobrescrito,
y que mi esposa entregada
dexo en el mayor conflicto:
compadecedme, apiadados,
conmuevan estos suspiros,
estas lágrimas que vierto

vues-

vuestro pecho compasivo:
socorrednos, gran Señora,
que no en valde el Cielo quiso
que á vuestras plantas llegase
mi mal á buscar asilo:
perdonadme, así los hados
en vuestro favor propicios
de Alemania os aseguren
eternamente el dominio.
Así veais á Joseph,
prenda de vuestro cariño,
en los campos del honor
del Sacro Laurel ceñido,
siendo gloria de Alemania
y del Musulman castigo.

Reyn. Valgame Dios! Raro caso!
Suceso tan peregrino,
si en la admiracion no cabe,
qué hará en la verdad? Concibo
que es enteramente cierto
quanto el Soldado me ha dicho.
Sin embargo proceder
con lentitud imagino
hasta averiguarlo á fondo.

Man. Si dudais de lo que afirmo
del consorcio de los hombres
hacedme echar por indigno.

Reyn. Si me engañará? su rostro
da de ser verdad indicios:
los informes que me han dado,
pedir los Soldados mismos
por él, destierran las dudas
que en el corazon concibo.

Man. En vuestras dudas, Señora,
mi desgracia pronostico,
y conozco hasta qué extremo
llega el rencor vengativo
de los hados, que empeñados
están en verme afligido.
Es posible que dexeis
de la fama desmentidos
los ecos con que pregona
vuestros grandes beneficios?
Que hayais de ser para todos
piadosa menos conmigo?

Reyn. Es muy anciano tu padre?

Man. Tiene ochenta años cumplidos,
y por la falta que le hago
la miseria le ha añadido
otros tantos. No es posible
que tolerar el martirio
congojoso de una Carcel
pueda su vigor perdido.
Yo le mantenia; pero
la suerte me hizo serviros
en vuestras Tropas, y al hambre
dexé, con este motivo,
encargado á un tierno padre
y á una esposa á quien estimo;
su prision, mi desercion,
de esto, Señora, ha nacido.
Os enterneceis?

Reyn. En vano,
ay de mí! el llanto reprimo.
Pobres vasallos! qué daños,
ese azote, ese exterminio
de la humanidad os causa!
quándo querrá el poderío
de los Reyes conformarse
con su poderío mismo,
y olvidar con estos medios
extender mas sus dominios!

Man. Qué me decís, Gran Señora?

Reyn. Solo, infelice, te digo...
nada. Ven, Neuperg.

Man. Señora,
piedad....

Reyn. Si ves los indicios
que de ella te dan mis ojos,
no añada nuevo delito
tu desconfianza. *Vase.*

Man. Qué es esto!
algun arcano escondido
hay en la Reyna.

Ayud. Venid,
puesto que está concluido
vuestro asunto.

Rosw. No lo apruebo
si la Reyna no lo ha dicho.

Man. Señor, si á piedad os mueve
un infeliz, os suplico
que me dexeis descansar,
porque estoy tan decaido
con los tormentos que paso,
que apenas puedo conmigo.

Rosw. Siéntate, desventurado,

que á compasion me has movido.

Man. Yo os agradezco el favor.

Ayud. El llanto apenas resisto.

Luisa y Alexa al bastidor.

Alex. Pues oye á todos, entremos.

Resw. Qué quereis?

Luisa. Cielos! qué miro!
Manuel?

Man. Esposa querida?
A golpes tan repetidos (*desmayase.*)
resistir, ay Dios! no puedo.

Luisa. Ay Manuel! esposo mio!
Esto estaba reservado
para echar el sello impío
á todas mis desventuras?
Oh ¡qué engañada he vivido!
pues quando ausente de aquí
te creia mi cariño,
aprisionado te encuentro.
Ay de mi! que un parasismo
mortal para siempre aparta
dos corazones unidos!

Resw. No os aflijais, que ya vuelve...
mas el General.

Sale Neuperg. Qué ha sido
esto?

Alex. Que se ha desmayado
este hombre por haber visto
á su esposa, que ignorante
se hallaba de su destino.

Neup. Os sentis algo animado?

Man. Ya me parece respiro
con mayor desembarazo.

Neup. Pues seguidme.

Luisa. Dueño mio...

Man. No te aflijas, que en la Reyna
hay un corazon benigno.

Luisa. Triste y débil esperanza,
ese es amoroso arbitrio,
que por no desesperarme
le sugiere su cariño:
adónde le llevarán?
quál debe ser su delito,
ay esposo! ay tierno padre!
válgame Dios! en qué abismo
de confusiones zozobra
vacilante el pecho mio!
á un mismo tiempo á mi esposo,
y á mi padre hoy he perdido.

Sale la Reyna y Asfeld.

Reyn. Haced que todo esté pronto,
conforme yo he prevenido.

Asf. Bien está. Pero llorosa
allí una muger distingo.

Reyn. Decidla que yo la llamo,
que quiero de los gemidos
que exâla saber la causa.

Asf. La Reyna os llama.

Luisa. Dios mio!
la Reyna?

Asf. Aquella es, llegad.

Luisa. Cielos! sin alma respiro.

Reyn. Qué teneis, buena muger?

Luisa. Tengo preso á mi marido
y á mi padre; ese Soldado
que han sacado de este sitio
preso es mi esposo.

Reyn. El dolor
modera, que su destino
corre por mi cuenta

Luisa. El Cielo
remunere el beneficio
á vuestra bondad, de modo
que quando de algun conflicto
padezcais el sinsabor,
encontreis igual alivio.

Reyn. Sé de tu padre y esposo
los accidentes distintos,
y tú verás como á todos
el justo remedio aplico;
quieres mas?

Luis. Señora...

Reyn. Habla.

Luisa. Pues ya que no os mortifico,
y vuestra bondad se muestra
tan apacible en oirnos,
disfrutada vuestra gracia,
justicia quiero pediros.

Reyn. Yo te la prometo, díme
si es que alguno te ha ofendido?

Luisa. Yo, Señora, perseguida
hace dias que me miro
de un hombre que la torpeza
es el menor de sus vicios:
este hombre arrienda á mi padre
una tierra en el distrito

del Lugar, de que le debe
tres años de renta fixos;
valido de la desgracia
de mi padre, el vil é iniquo
seducir mi honestidad
intenta con artificios;
y habiendo hallado mi pecho
incontrastable á sus tiros,
en venganza á una prision
á mi padre hoy ha metido,
y me ha propuesto, qué horror!
que si á su gusto me rindo
me sacará de miserias,
y á mi padre del peligro.

Reyn. Qué haya viles que se valgan
de tan infames arbitrios,
para cubrir de deshonra
á una familia! qué indignos!
ya de tu queja comprehendo
el fundamento y motivo;
cómo se llama ese hombre?

Luisa. Estevan Laufeld.

Reyn. Qué iniquo!
Haced que le busquen luego, *Vase*
y descansa en mi cariño. *Asfeld.*

Luisa. Para gloria de Alemania
el Cielo os guarde mil siglos. *Vase.*

Reyn. Aunque se ofrece á mi idea
tan confuso laberinto,
el deseo del acierto
solo queda á cargo mio,
que á los Reyes alto influxo
para obrar abre camino.

Sale Neuperg admirado.

Reyn. Se ha pagado ya la deuda
de mi secreto bolsillo?
Está libre ya el anciano?
Qué tienes, que suspendido
y absorto te estoy mirando?

Neup. Corazones peregrinos!

Reyn. Exclamas, y no respondes?

Neup. Vengo, Señora, aturdido
de presenciar una scena,
que en láminas de oro fino
merece quedar grabada
para asombro de los siglos.

Reyn. Qué ha sido?

Neup. Como mandasteis
fui á aliviar el afligido
anciano; pero al llegar
á la carcel lo distingo
entre el confuso tropel
de unos Soldados, me arrimo
á ellos, y les pregunto
la causa del regocijo
que demostraban: entonces
un Cabo, que es aquel mismo
que por el preso Soldado
intercedió, así me dixo:
Supe que este anciano era,
por su pobreza, motivo
de la desercion fingida
de Manuel, y como amigo
suyo, siendo honor de todos
un acto tan noble y digno
de un compañero, juntando
la Compañía en que sirvo,
propuse á todos sería
muy justo que del peligro
redimiésemos al padre,
juntamente con el hijo;
para lo qual á una voz
todos hemos convenido
en pagar de nuestras sobras
la deuda; y así quisimos
venir á aliviar el viejo,
y todo está concluido.
Este es el caso, Señora,
que cada vez mas admiro,
y como sé quánto aprecio
hallará en vos, he querido
que el Cabo con el anciano
viniesen aquí conmigo.

Reyn. Que entren al punto.

Neup. Llegad.

Sale Carlos sosteniendo á Pablo.

Los dos. Señora...

Reyn. Yo estimo
saber que tengo un Soldado
tan atento á los oficios
de la amistad; y quien sabe
ser tan verdadero amigo,
por fuerza ha de ser valiente
militar.

Carl. Quantos servicios
puedo haceros en mi vida

(quan-

(quando tanto honor consigo)
los doy por bien satisfechos.
Reyn. Que así lo creo os afirmo.
Vos, buen viejo, consolaos,
no temais por vuestro hijo:
todo lo sé, y el remedio
ya mi prudencia previno.
Pabl. No puedo pagar, Señora,
tan inmensos beneficios
sino rogándole al Cielo
que en todo os sea propicio.
Reyn. Ya que me habeis dado el gozo
de mirar que á competiros
en las virtudes llegais,
yo, imitando vuestro estilo,
sabré dar el justo premio
que al mérito le es debido;
y así, Neuperg, escuchad.
Sale Esteban.
Esteb. Qué cobarde es un delito!
La Reya á llamar me envia,
y temeroso á este sitio
me acerco. Qué me querrá?
Neup. Venid al punto conmigo. *á Car.*
Ved que ese es el delator
del Soldado.
Reyn. Ya concibo
el asunto totalmente.
Esteb. Señora... Yo:: mis designios.....
Reyn. Por qué os turbais? El que tiene
cuidado tan esquisito
en mirar por el aumento
del exército que alisto
es acreedor á mi agrado.
Esteb. Quando esperaba castigos
con gratitudes encuentro? *ap.*
Vano mi temor ha sido.
Mi zelo...
Reyn. Muy bien lo sé:
escusad el repetirlo;
y para mostraros quanto
de vuestro zelo me obligo,
vendreis á verme comer
quando llame. *Vas.*
Esteb. Estoy instruido.
Pabl. Las palabras que la Reyna
á este malvado le ha dicho
creo que ocultan misterio.
Esteb. Qué tal, Pablo? Hebeis oido
cómo me honra la Reyna?
Los que finos la servimos
hallamos en ella apoyo.
Pabl. Temed vos que á descubriros
lo que sois llegue algun dia,
que entonces, segun colijo,
lo que ahora es alegría
será de amargura abismo.
Esteb. Pues de mí qué saber puede?
Un pasagero delirio
de amor, sin mas conseqüencias.
Pabl. Bien se ve que los iniquos,
que con tanta obstinacion
siguen la senda del vicio
no hacen mérito de nada.
Atreverse al cristalino
espejo de la pureza
de una muger con indignos
medios, tentar seducirla,
no os parece un excesivo
crimen? Temed, sí, temed,
que aunque no soy vengativo,
no hay cosa que no se sepa
por investigables juicios.
Esteb. Conmigo usais amenazas?
Caduco, si me reprimo
en no castigar el necio,
el osado desatino
de vuestras voces, es solo
porque menosprecio altivo
decrepitudes cansadas,
en quien no conserva brios.
Quedaos para quien sois:
bastante en esto os he dicho. *Vas.*
Pabl. No confies, que quizá
tienes cercano el castigo. *Vas.*
Galeria coronada de emparrado con unas rexas al foro, con vista de los Soldados acampados: al compas de una marcha de instrumentos militares sale la Reyna, Neuperg, Roswik, Asfeld, el Alferez, Soldados, Oficiales, habrá una mesa puesta.
Reyn. Ya que mi benevolencia
carece de los auxilios
necesarios, para haceros
las gracias de que sois dignos

quiero en presencia de tods
comer hoy, dandoos indicios
del afecto que en mi pecho
para con todos animo;
que estima mucho un vasallo
ver á su Señor benigno:
llegad las mesas. Neuperg,
decid que vengan conmigo
á comer los convidados
que yo os tengo prevenido:
el Rey que sabe premiar
siempre halló en vasallos hijos

Sale Carlos y Manuel de Capitanes.

Neup. La Reyna os espera.
Man. Carlos,
qué es aquesto?
Carl. Amigo mio,
servir á Maria Teresa,
y lograr sus beneficios.
Reyn. Llegad acá, Capitanes.
Man. Por tanto honor sorprehendido
estoy.
Carl. Qué benignidad!
Reyn. Sentaos.
Carl. Tal beneficio...
Man. Mirad que de tantas honras
ni uno ni otro somos dignos.
Reyn. No gozais de Capitanes
el ilustre distintivo?
Man. Es verdad, peros unos pobres
Soldados habemos sido.
Reyn. Haced lo que mando, y ved
que yo en nada de eso miro.
Ayud. Yo estoy absorto.
Reyn. entre tanto
dad muestras de regocijo.
Dúo. Quando desea con ansia
coger frutos abundantes
en la tierra, siembra antes
la semilla el Labrador.
Así propio el Soberano
que quiere coger servicios,
antes siembra beneficios
en el subdito su amor.
Reyn. Parece que han extrañado
algunos el beneficio
que he dispensado á los dos,
y no sé con qué motivo.
Los hombres en este mundo
todos tienen su principio;
el que han tenido los dos
de triste Soldado ha sido,
pero han sabido por medio
del delicioso camino
de la virtud conciliarse
los mas grandes beneficios:
y como yo recompenso,
no solo aquellos servicios
personales que me hacen,
sino aquellos que son dignos
del respeto de los hombres,
y á su bien son dirigidos,
me parece no cumpliera
con su virtud, ni conmigo,
si en este caso entregara
sus virtudes al olvido.
Los hechos que de piedad
hizo Carlos por su amigo,
no son nobles? Manuel Wolf
por su padre no ha excedido
hasta el mismo amor filial?
Con que este no es heroismo
que se debe compensar?
yo le compenso, y afirmo
que si á la virtud rindiesen
el tributo que es debido,
se mejoraran los hombres,
se aborrecería el vicio,
las costumbres se mudaran,
y tendría mas asilo
la humanidad en el mundo,
y daria al Patriotismo,
á los Monarcas y á Dios
el incienso que es debido,
y al honor y á la piedad
rindieran mas sacrificios.
Ademas, que en esto quiero
dar exemplo á los altivos
que huyen de los Oficiales
que á su valor han debido
los ascensos, porque vean
del modo que los estimo;
que quando yo así los honro
han de hacer ellos lo mismo;
y el que osado se atreviese
á faltar á lo que digo,
pro-

probará de mis rigores,
el mas severo castigo.
Carl. Con tantas honras estoy
casi fuera de mí mismo,
Reyn. Unios con los demas,
y vosotros admitidlos.
Man. Señora, ya que os merezco
favores tan inauditos,
permitidme que á mi padre
á ver vaya mi cariño.
Reyn. Neuperg?
Neup. Señora....

Saca á Pablo Wolf y á Luisa.

Reyn. Llegad
y abrazad á vuestro hijo.
Pabl. A mi hijo? es Capitan!
Luis. Manuel! Esposo querido?
Carl. Señora, con tantas gracias.
Reyn. Pues aun no he concluido,
venga Esteban: *Saca á Esteban.*
Esteb. Qué mandais?
Reyn. Conocias al marido
de esa muger?
Esteb. Qué reparo!
Manuel Capitan?
Reyn. Decidlo.
Esteb. Señora, perdon:
mirad, que si acaso inadvertido
me he atrevido... era muger
de un Soldado.
Reyn. Quién te ha dicho
que no tiene tanto derecho
á conservar su honor limpio
un Soldado como el Rey?
Huid de mí vista, indigno,
inhumano á la virtud,
y al honor desconocido;
pero para que de exemplo
sirva en todos mis dominios,
á los públicos trabajos
por diez años te destino,
y tus bienes en favor
de esta familia confisco:
llevadle. Ahora á la amistad

Le llevan.

dad los tributos debidos.
Man. Carlos!
Carl. Manuel!
Los dos. Qué ventura! (hecho
Reyn. Dad pré doble á los que han
el singular heroismo
de libertar á ese anciano;
y todos sean testigos,
de que si con una mano
doy al pérfido castigo,
con la otra al virtuoso
le colmo de beneficios.
Todos. Viva nuestra Reyna, viva.
Reyn. Y ahora siguiendo el camino,
vosotros para Viena,
yo para Ungria, al Divino
Hacedor todos pidamos
que nos dé su patrocinio.
Todos. Sí hará, que las justas causas
siempre protege benigno.

FIN.

Se hallará en la Librería de Castillo, frente las gradas de San Felipe el Real; en la de Cerro, calle de Cedaceros; en su puesto, calle de Alcalá; y en el del Diario, frente Santo Tomas: su precio dos reales sueltas, y en tomos en pasta á 20. cada uno, en pergamino á 16, y á la rústica á 15, y por docenas con mayor equidad.

Donde ésta se hallarán las siguientes.

Las Víctimas del Amor.
Federico II, primera, segunda y tercera parte.
Las tres partes de Carlos XII.
La Jacoba.
El Pueblo Felíz.
La Hidalguia de una Inglesa.
La Cecilia, primera y segunda parte.
El Triunfo de Tomiris.
Luis XIV el Grande.
Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.
La Industriosa Madrileña.

El Calderero de San German.
Carlos V. sobre Dura.
De dos Enemigos hace el amor dos amigos.
El Premio de la Humanidad.
El Hombre convencido á la razon, ó la Muger prudente.
Hernan Cortés en Tabasco.
Por ser leal y ser noble dar puñal contra su sangre.
La Justina.
Acaso, astucia y valor vencen tiranía y rigor, y triunfos de la lealtad.
Aragon restaurado por el valor de sus hijos.
Los tres Mellizos.
Quien oye la voz del Cielo convierte el castigo en premio, ó la Camila.
La Virtud premiada, ó el verdadero buen Hijo.
El Severo Dictador.
La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo.
Troya abrasada.
El Amor perseguido, y la Virtud triunfante. Con un Saynete intitulado las Besugueras.
El Sol de España en su oriente, y Toledano Moyses.
Caprichos de amor y zelos.
Mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la agena y natural Vyzcaíno.
El mas Heroyco Español; lustre de la antigüedad.
Jerusalen conquistada por Gofredo de Bullon.
Defensa de Barcelona por la mas fuerte Amazona.
El Hidalgo tramposo.
Orestes en Sciro, Tragedia.
La desgraciada hermosura, ó Doña Ines de Castro, Tragedia.
El Alba y el Sol.
De un Acaso nacen muchos.
El Abuelo y la Nieta.
Juego completo de diversion casera para Navidad, y Carnestolendas; Tragicomedia, la Virtud aun entre Persas, lauros y honores grangea, con Loas y Saynetes.
El Tirano de Lombardia.
Cómo ha de ser la amistad.
La buena Esposa. Drama heroyco en un acto.
El Feliz encuentro.
La Viuda generosa.
Munuza. Tragedia en cinco actos.
Ademas hay un gran surtido de otras varias, saynetes y entremeses.

FIN.